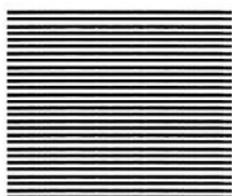
héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA

LAS COLINAS DE VENUS

TREVOR SANDERS

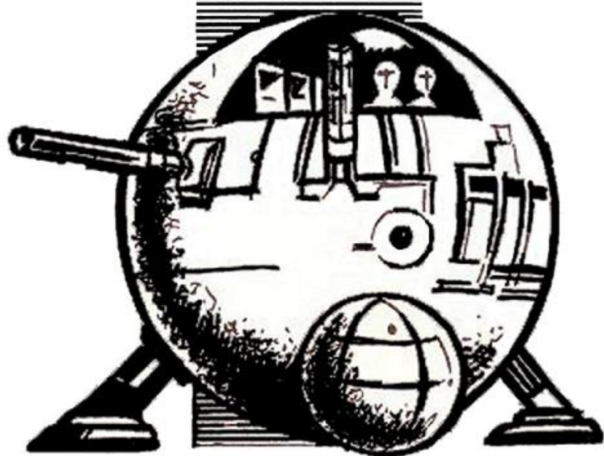


SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

TREVOR SANDERS

LAS COLINAS DE VENUS

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 57
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (6)

ISBN 84—85626—56 7
Depósito legal: B. 8.932 — 1981

Impreso en España — Printed in Spain

1ª. edición: mayo 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

52— Misterio en la «N» dimensión, *Clark Carrados*

53— La otra cara del Nirvana, *Rocco Sarto*

54— S.O.S. galaxia, *Eric Sorenssen*

55— Marea cósmica, *Clark Carrados*

56— El planeta de los condenados, *Rocco Sarto*

CAPITULO PRIMERO

El capitán Laverda observó a través del visor tridimensional y ordenó:

—Reduce la potencia de los motores. Hemos entrado en la zona de inercia gravitacional.

—Potencia reducida —dijo el joven Florian.

A seiscientos kilómetros, la verdosa capa de nubes de anhídrido carbónico que recubría la superficie de Venus destellaba al incidir en ella los oblicuos rayos del sol.

—En tres minutos entraremos en contacto con la atmósfera de Venus —dijo Lucas, el radiotelegrafista.

Los tres hombres se reclinaron en los asientos aerodinámicos e inhalaron profundamente para resistir el impacto que siempre se producía cuando la nave penetraba en las capas superiores de la densa (casi líquida) atmósfera venusiana.

El capitán Laverda había cerrado los ojos. Llevaban ya tres días fuera de la Tierra y él no conseguía olvidar la última entrevista que había tenido con el comisionado.

«No te dejes dominar por la ira y la amargura —le aconsejó el capitán—. Ya todo está decidido y no hay manera de modificar las cosas.»

El joven Florian, astrofísico de profesión, observaba disimuladamente al capitán. Florian tenía veintitrés años. No hacía seis meses todavía que se había doctorado.

Era un hombre muy delgado, con unos grandes ojos pálidos de mirada muy fija y penetrante.

Su cociente de inteligencia, superior a los doscientos cincuenta puntos, era el de un genio natural

Su innata capacidad mental, que hubiera hecho felices a muchos hombres, a él lo había convertido en un desgraciado, en una especie de exiliado o desterrado dentro de su propia familia, de su propia ciudad y de su propio planeta.

Era tanta la diferencia que existía entre su inteligencia y la del común de los mortales, que a Florian siempre se le había hecho imposible establecer cualquier tipo de relación, ya fuera sentimental o meramente amistosa.

Cuando, tres meses antes, Florian se encontró por primera vez

con el capitán Laverda sintió que quizá bajo las órdenes de aquel hombre legendario, la vida podría empezar a hacerse más atractiva para él.

Todavía esperaba, sin haber visto cumplidos sus deseos, y con menores esperanzas a cada día que pasaba.

El tercer tripulante de la nave, Lucas, encargado de las comunicaciones y de los controles electrónicos, era negro.

Esta circunstancia había marcado su vida del mismo modo que la inteligencia sobrenatural había marcado la vida del joven Florian.

Lucas, soltero, misógino, misántropo, aficionado a las paleolíticas novelas de caballería y de detectives, detestaba profundamente al capitán Laverda.

No existía ningún motivo concreto para aquel odio. Se trataba, exclusivamente, de un problema de incompatibilidad, al que se agregaba, en el trasfondo oscuro del subconsciente, la diferencia en la pigmentación.

Lucas también había cerrado los ojos. En su mente todavía resonaban las palabras que había oído tres días antes de labios del capitán Laverda: «Sepa usted, comisionado, que no pienso llevar ningún roñoso negro en mi nave.»

El capitán Laverda había dicho, en efecto, esas palabras. No sabía, sin embargo, que el causante de las mismas las había escuchado.

«Me las cobraré todas en su debido momento —pensaba el capitán—. Yo soy un héroe del espacio, y el comisionado es tan sólo un político, un doctorcillo en malas artes, un grasiento y adiposo sedentario. Ni él ni nadie me habla a mí en ese tono.»

—Un minuto para el encendido automático de los hipermotores de descenso —dijo Lucas.

El choque con la atmósfera de Venus le había producido un malestar estomacal. Sentía en la boca el gusto de su propia bilis.

Se había incorporado y manipulaba en la pantalla de mandos.

* * *

En la Tierra, en el noveno piso de un edificio de acero y cristal ubicado en el centro de Capital City, el comisionado Tubal Lavier se inclinó sobre su mesa de trabajo y mordió casi con fiereza el grueso

puro moteado de verde que tenía entre los labios.

En una pequeña pantalla que había encima de la mesa se sucedían hileras de cifras y datos referentes al vuelo de la nave del capitán Laverda.

La pequeña pantalla era la terminal audiovisual de una complejísima computadora atómica que seguía, desde el centro espacial de la isla de Menorca, todos los avatares que se producían minuto a minuto durante el vuelo.

El comisionado no entendía el significado de las cifras y las palabras de código que se sucedían vertiginosamente ante sus ojos.

Tampoco le hacía falta ni le interesaba entenderlo.

Él era un político, designado para el cargo que ocupaba por el gobierno central de la Tierra y no tenía por qué preocuparse de cuestiones de índole técnica o científica.

Sin embargo, ahora estaba atento, por primera vez, a la pantalla. El reloj atómico que había junto a la pantalla indicaba la Hora Cero.

La sucesión de cifras se interrumpió dejando la imagen congelada de una sola palabra: VENUS.

La voz mecánica de la computadora informó:

«Nave Cristóforo Colombo ha establecido contacto físico con objetivo marcado.»

Hubo un breve chirrido producido por alguna interferencia de rayos gamma y beta.

La voz no humana, sin tono, sin timbre, sin modulaciones casi, prosiguió:

«Todas las constantes son normales. En dos minutos y treinta y ocho segundos habremos establecido contacto por radio con el comandante de la nave.»

Se produjo un segundo chisporroteo, que indicaba la tarea de rastreo y sintonización que llevaba a cabo la gran computadora para contactar con la frecuencia de emisión asignada al capitán Laverda.

La voz mecánica agregó:

«A causa de la distancia, las ondas de radio tardarán ciento catorce segundos en llegar de Venus a la Tierra y viceversa. Por lo tanto recordamos a todos aquellos que vayan a ponerse en comunicación con el comandante de la nave que el lapso entre sus palabras y la recepción de la respuesta a las mismas seré exactamente de doscientos veintiocho segundos. Rogamos a quienes

corresponda que, durante los intervalos de transmisión negativa, mantengan el más absoluto silencio, a fin de no provocar interferencias en el circuito establecido.»

La voz mecánica enmudeció con un último chirrido y la pantalla se oscureció automáticamente.

El comisionado sonrió con una especie de ferocidad.

Tenía una cara grande, carnosa, con las mejillas fláccidas y colgantes. Los diversos zoólogos que estaban bajo su mando coincidían en afirmar que el comisionado Lavier se parecía asombrosamente a una variedad de la extinta especie animal *canis canis* (vulgarmente, perro) conocida por el nombre genérico de bull—dog.

Por eso, en el gran edificio de acero y cristal que alojaba las oficinas centrales de la Jefatura del Espacio Exterior, los funcionarios y los técnicos de la plantilla llamaban al comisionado con el apelativo de bull—dog, sin saber muy bien a qué se referían.

El bull—dog ladró:

—¡Sanders!

De un aparato oblongo que había en una esquina de la mesa, una voz le respondió:

—¿Señor?

—Abra el canal X—12 y venga inmediatamente para aquí.

—Sí, señor.

Un minuto después Tom Sanders entraba al despacho de
su jefe.

—Abierto el canal, señor.

—Quiero ser el primero en hablar con ese imbécil de Laverda, nuestro héroe del espacio.

El comisionado hizo una mueca sardónica.

—¿Ha escuchado a esa charlatana de latón? —preguntó.

—¿Se refiere usted a la computadora, señor?

—A ella misma. Los ingenieros que la construyeron la hicieron demasiado conversadora y tiene una voz que me produce dentera.

Como si hubiera estado escuchando, la voz mecánica intervino:

«Quince segundos para iniciar contacto radial.»

El comisionado, como si tuviera ante sí a una invisible audiencia (no olvidemos que era un político profesional), se ajustó el cuello del traje sintético y se pasó una mano por los ralos cabellos grises

que formaban una orla en torno a su gran cabeza calva.

—Capitán Laverda, ¿está usted ahí?

Pasaron en silencio unos instantes. El comisionado se mordió el labio inferior.

—¡Capitán!, ¿qué diablos pasa?

Sanders alargó un brazo hacia su superior y éste lo rechazó de un brusco manotazo.

—[1]Capitán, coño...

La voz metálica de la computadora viajó ocho mil quinientos kilómetros desde Menorca a Central City para reprender al comisionado:

«He advertido que las transmisiones sufren un bache de doscientos veintiocho segundos, a causa de la distancia. Señor comisionado, sea paciente, por favor.»

La voz era inocua, inane, fría, vacua, carente de vida, de modulaciones, de tono, de ritmo, de calor. Era la voz de una máquina. Era la misma voz que la máquina siempre había tenido.

Sin embargo el comisionado creyó sentir en ella (la voz) un tonito de ironía.

—Bien, bien, bien —carraspeó.

Para tranquilizarse, el comisionado mordisqueó su puro verdoso como si se tratara de un enemigo.

—Podrían hacer que la luz viajara un poco más rápido, carajo. Esto de tener que esperar casi cuatro minutos para escuchar al tipo que está al otro lado del teléfono, es cosa de locos.

«Son los inconvenientes del progreso, señor comisionado —dijo la voz metálica de la computadora—. Cuando suene el bip empiece a hablar.»

¡Bip!

CAPITULO II

Florian estiraba las piernas sobre la ardiente superficie de Venus.

Siempre le había gustado pasear.

Y además, allí, el paisaje era espectacular.

La capa de nubes que cubría el planeta refractaba la luz del sol, convirtiéndola en un arco iris imposible en la Tierra.

Un arco iris de luces y sombras, que abarcaba el cielo entero desde un confín a otro.

Una gran bóveda multicolor en la cual las tonalidades iban cambiando permanentemente, entre violetas deslumbrantes y amarillos tan profundos y sombríos como los ojos de una gata marciana.

Florian paseó un rato, ascendiendo y descendiendo por las suaves colinas de ceniza carbónica del planeta.

«Quién pudiera ser un hombre simple, tosco, rutinario, sensiblero, cursi, vulgar y anodino como los demás», pensaba.

Detrás de la mascarilla de vitrovinilo plastificado sus ojos revelaban una profunda melancolía.

«Daría el hemisferio derecho de mi cerebro, un brazo y un ojo, que al fin y al cabo no sirven demasiado, por poder contemplar esta maravilla de la naturaleza como la contemplan los ojos de los demás mortales», pensaba.

Florian se sentía vejado por su capacidad mental pavorosa, por esa necesidad biológica que tenia de analizarlo y racionalizarlo todo.

Mientras andaba con sus botas de aluminio iridisado por encima de la suave superficie ondulada del planeta, sus células cerebrales, como si formaran parte de una computadora, iban analizando y registrando todos los datos que las terminales visuales (o sea las pupilas de sus ojos) le trasmitían.

La composición del suelo era carbonosa (o carbonífera) en su mayor parte, con una concentración de carbono de molécula plana octogonal de un sesenta o quizá un sesenta y cinco por ciento.

Había en el suelo un porcentaje relativamente alto de calcio, y sin duda varios isómeros de cobre, iridio, neptunio y manganeso.

Se trataba de una mezcla muy interesante.

Según los datos visuales primarios, y sin contar con un examen exhaustivo de las proporciones, no sería de extrañar que se

encontrara, a escasa profundidad importantes vetas diamantíferas.

Incluso existía la posibilidad (que habría que analizar posteriormente) de que la elevada concentración de iridio, presente sin duda en moléculas del tipo K—6, hubiera formado un tipo de diamante de carbo—iridio aún más puro, más sólido, más termo resistente y de mayor incidencia protónica que los diamantes de carbono puro que se hallaban en la Tierra.

El trabajo de tabuladora electrónica de su mente le impedía al joven Florian saborear la poesía del instante.

Y la poesía del instante (a la que su mente tendía por pura rebeldía contra la inteligencia que tenía que sufrir) le impedía a la vez realizar con exactitud sus cálculos y mediciones.

Por ello, el joven Florian se encontraba como escindido, como si estuviera formado por dos mitades opuestas, por Eros y Tánatos (según pensó con la sensibilidad), o por un polo positivo y otro negativo, como le dictó la rutina científica.

De esa forma, con esas ideas contrapuestas y enemigas desgarrándole el cerebro en dos mitades mucho menos compatibles que el agua y el aceite (o que los hidratos y los carbohidratos oleosos), el joven Florian se alejó de la nave.

Cuando volvió a la realidad, a causa de un tropezón fortuito en una saliente redondeada de feldespato férrico, se dio cuenta que había perdido de vista a la nave y que no sabía dónde se encontraba.

«¡Por Newton, Einstein y Oró! —se dijo—. ¿Dónde estoy? ¿Dónde me he metido?»

Decidió sentarse a meditarlo en un montículo de ceniza.

* * *

El capitán Laverda se secó el sudor con el dorso de una mano y desconectó el radiotransmisor.

«Por fin —pensó—. Ese tío me cae cada vez más gordo. Cuando regrese a la Tierra le voy a deshacer de un puñetazo su horrible cara de bull—dog.»

Es evidente a quién se refería.

El aire, dentro de la cabina de mando de la nave, estaba a más de cincuenta grados centígrados. Las escotillas estaban empañadas por el vapor.

El capitán Laverda frunció la nariz y olfateó.

Había un olor desagradable en el interior de la cabina.

El capitán miró a su alrededor, tratando de descubrir el origen del mal olor.

Tal vez se había descompuesto uno de los tubos acondicionadores, dejando escapar un poco de sodio.

O quizá se había podrido el germen de soja que llevaban en el compartimiento especial.

En su recorrida visual por la cabina, el capitán no pudo evitar que sus ojos se detuvieran en la figura del radioespecialista Lucas.

Este, con su negro torso desnudo, estaba echado en un asiento colocado en posición semihorizontal.

El vibrador de masajes automáticos del asiento estaba en funcionamiento. Sus dedos de vinilo polarizado, clase terciopelo, acariciaban en semicírculo las tetillas del radioespecialista.

Este tenía en sus manos un volumen antediluviano, con hojas hechas de pasta de celulosa (se llamaba papel o algo parecido), de cuentos de detectives.

El capitán hizo una mueca de asco.

«Es este maldito negro —pensó—. Apesta.»

El capitán abrió una puerta que comunicaba con el interior de la nave y dijo entre dientes:

—Me retiro a mi cápsula aromatizada.

Remarcó con un tonillo desagradable el adjetivo.

* * *

—Por mí puedes irte al infierno —masculló Lucas.

Sherlock Holmes lo aburría, no era lectura para hacerla en Venus.

Lucas bostezó.

Se puso de pie luego de desconectar el aparato de vibromasaje.

Aclaró con la mano una de las escotillas y observó el exterior.

Deseaba que los representantes del Reino de los Homúnculos y de la República de Androgínea se presentaran cuanto antes.

Lucas era supersticioso. De niño una gitana negra (de la tribu de Arabama) le había leído el futuro en las huellas del aliento, según el sistema del cristal empañado, y le había anunciado que la estrella de

la mañana (también llamada lucero del alba) le traería desgracias.

Un día antes de embarcarse se había enterado que el lucero del alba no era un simple mito gitanonegroide, sino el nombre originario de Venus. Y ahora estaba él allí.

A través de la escotilla se veía un horrible paisaje gris, áspero y monótono.

El cielo parecía iluminado por un impresionista loco.

«No, señor —se dijo Lucas—. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor.»

CAPITULO III

Venus es el segundo planeta del sistema solar, tomando al sol como centro. Pertenece al grupo de los denominados planetas interiores, por estar más cercano al Sol que a la Tierra.

Su órbita, bastante más reducida que la de la Tierra, es, sin embargo, más elíptica que la de éste.

La duración del año venusino es de doscientos doce días, mientras que la rotación que efectúa sobre su propio eje es asombrosamente lenta.

Un día venusino dura exactamente doscientos cuarenta y ocho días terrestres.

La primera nave terrestre que entró en contacto con la superficie de Venus, fue la llamada *Presidente Nixon.*

Desde entonces, habían transcurrido más de cincuenta años, y el gobierno central del planeta Tierra había establecido relaciones de buena vecindad con las dos grandes razas o especies inteligentes que habitaban el vecino planeta.

Una de estas razas era la de los llamados homúnculos, pequeños humanoides verdosos, casi ciegos, con un desarrollado sentido del tacto (tenían ventosas recubriéndoles el cuerpo casi por entero) y que se alimentaban de un pequeño hongo casi microscópico que crecía en las márgenes de las escasas superficies acuosas que había sobre el planeta

La segunda raza inteligente, la de los llamados con toda razón andróginos o hermafroditas, estaba constituida por seres que (como el nombre indica) poseían los dos sexos y no necesitaban de la cópula para la procreación.

Los hermafroditas eran seres esbeltos, de aspecto similar al del *homo sapiens* y con el agregado de un par de poderosas alas sin plumas, formadas por una especie de dura sustancia córnea y traslúcida que resultó tener una composición química muy parecida a la de las uñas de los seres humanos. Aquellas alas, que en los ejemplares más robustos y perfectos de la especie alcanzaban extendidas los cuatro metros de largo, brillaban con una pálida fosforescencia en la semipenumbra perpetua de Venus.

El principal alimento de los andróginos era el flúor, de allí el brillo que adornaba sus alas. Sin embargo, el manjar que

verdaderamente les apetecía era la carne de homúnculo.

La historia de la atávica enemistad y del dilatado y trágico odio que separaba a ambas especies es demasiado compleja y está llena de las más diversas circunstancias. Por desgracia, excede los límites de esta crónica.

(A quienes les interese conocer la historia política, social, económica y militar de Venus, les recomiendo el sabroso trabajo monográfico del doctor Oreste Pelayo, de la Universidad de Wisconsin, titulado: *Andróginos y homúnculos en Venus: Antropófagos contra herbívoros.)*

Cuando la Tierra descubrió Venus; es decir, cuando por primera vez un terrícola pisó las candentes superficies de dicho planeta, los homúnculos se hallaban en plena expansión colonialista, y su civilización se encontraba en su apogeo, tanto desde el punto de vista económico como cultural y científico.

Los andróginos, en cambio, estaban en regresión. Ellos, que durante milenios habían sido los amos del planeta, se veían obligados por entonces a vivir en los lugares más inhóspitos e inaccesibles, y su número no excedía del millar. Eran una gran raza en extinción.

Dio la casualidad que la nave *Presidente Nixon* tomó tierra (o tomó venus, para ser más exactos) muy cerca de donde moraba una magra colonia de andróginos.

A las pocas horas de haber iniciado una cautelosa exploración de las cercanías del lugar en que la nave se había posado, los tripulantes de ésta se vieron sorprendidos y maravillados por una visión ultraterrena magnífica, deslumbrante y esplendorosa.

Una verdadera visión celestial.

¿Pues qué si no ángeles podían ser aquellos seres alados que circunvolaban las cumbres desparejas de una montaña cercana?

El capitán Blith, jefe de la expedición, no era un creyente, tampoco un crédulo. Sin embargo, debía reconocer lo que sus ojos le mostraban.

Allí no había engaño posible.

Tampoco se trataba de un espejismo.

Al parecer, los viejos profetas bíblicos, por tanto tiempo olvidados, hablaban con la voz de la verdad.

Los ángeles existían, y Venus era su morada.

* * *

Una hora y media después, el comisionado salía del despacho oval.

Aunque se había despedido del presidente con la más servil de sus sonrisas, luego de trasponer la puerta aquella sonrisa se trocó en una instantánea mueca de mal humor.

«Malditos hombrecillos verdes», dijo el comisionado.

¿Qué le importaba a él que los estuvieran matando por

cientos, por miles, por millones? Para él podía» desaparecer en ese mismo instante de la faz de su nublado planeta.

Nada ganaría él con aquella delicada y engorrosa operación. ¿Qué votante podría calibrar como méritos el hecho de que él hubiera dedicado sus esfuerzos a salvar aquellas vidas que ni siquiera eran humanas?

Y sin embargo, tendría que hacerlo.

El presidente no jugaba con estas cosas y exigía que se le obedeciera con presteza y eficiencia.

Al subir a su vehículo atómico, el comisionado Lavier pensó:

«Le encargaré la tarea al imbécil de Laverda. Si a mí me cargan el fardo, al menos gozaré descargando parte del fardo en él.»

* * *

Poco tardó en saberse la verdad, pero para entonces el capitán Blith y sus hombres habían regresado a la Tierra llevando con ellos irrefutables testimonios filmados de las celestes evoluciones que habían observado.

Aquellas películas, aunque muy mediocres de calidad, fueron exhibidas a todo lo ancho y largo de la Tierra.

Como resultado, se produjo una masiva e incontrolable proliferación de sectas místicas y religiosas, de la más variada catadura.

El capitán Blith se convirtió en sumo sacerdote de una de aquellas sectas, y fue apartado del servicio activo como astronauta.

La segunda expedición, bajo el mando del general Roberts. contaba entre sus miembros con cuatro sacerdotes y siete teólogos.

Su cargamento estaba formado, en su mayor parte, por biblias de todo tipo y en todos los idiomas.

Aquella expedición partió con una expectativa desconocida hasta entonces para cualquier empresa terrestre.

A su lado, la conquista de la Luna y de Marte, el descubrimiento de América y todas las demás grandes aventuras del hombre, eran insignificantes.

Porque en aquella ocasión, el capitán Roberts y los suyos viajaban expresamente para ponerse en comunicación con los lugartenientes de Dios y para demostrarles la buena voluntad y la fe religiosa que siempre habían sido patrimonio de la humilde, piadosa y pacífica raza humana.

* * *

¡Qué trágica y dolorosa desilusión!

En vez de ser recibidos por los magníficos seres alados, el capitán Roberts y su tripulación, poco después de haberse posado en la superficie de Venus, se vieron rodeados por una susurrante turbamulta de pequeños y horripilantes humanoides verdosos.

Eran los homúnculos.

Unos pigmeos de grandes ojos blancos, sin pupilas, que no les servían para ver sino para un fin mucho más práctico y terrible: porque con aquellos bulbos blanquecinos los homúnculos podían captar las emisiones térmicas provocadas por las emociones y catalogar dichas emociones según la amplitud de las tenues ondas calóricas.

Muy pronto los terráqueos comprobarían la efectividad de aquellos extraños e hipersensibles órganos de captación que poseían los homúnculos.

Al principio, sin embargo, confiados en el poder de sus cañones portátiles de ultraondas y de sus propulsores diamagnéticos, los tripulantes de la nave encararon con una mezcla de asco y desdén a la murmurante turbamulta

—Sin duda —dijo el reverendo Mat Mik, líder espiritual de la flamante Iglesia de Adoradores de los Ángeles de Venus—, estas bestezuelas deben ser esclavos de los ángeles.

—Discrepo —dijo el honorable doctor teológico Morris Pérez,

catedrático de la recién creada facultad de biología angelical de la universidad de Pando—, En el cielo existe una democracia representativa. Dios es contrario a la esclavitud. Como mucho, serán sirvientes… Y bien pagados… Y con todos los derechos gremiales y laborales. ¿No veis que estar muy bien alimentados? ¿No notáis lo robustos que son? Fijaos en la expresión de felicidad beatífica que hay en sus rostros.

El reverendo sacudió la cabeza con una sonrisa irónica bajo la escafandra del traje espacial.

—Yo no veo felicidad ni desdicha. Lo único que veo es que esos seres no tienen nariz siquiera, ni labios, ni orejas, y están cubiertos de pústulas y llagas.

—Me parece que son ventosas —dijo el biólogo de la expedición.

—Sean lo que sean. Ventosas o cataplasmas —dijo el capitán Blith—. Esos hombrecillos verdes nos dirán dónde po demos encontrar a los ángeles.

El capitán dio unos cuantos pasos al frente. Su cara, que parecía cortada (imán) de una piedra de mármol oscuro o de granito claro, tenía una expresión pétrea, según correspondía a su origen.

Los hombrecillos, la turbamulta, retrocedieron como si se aterraran.

De algunos lugares del tumulto surgieron sonidos guturales, pantanosos.

El capitán Blith sacudió en la mano un par de fotos que llevaba.

Eran fotos que correspondían al vuelo de los ángeles, según lo habían visto los tripulantes de la nave *Presidente Nixon.*

* * *

La llegada de la nave forastera cogió a Patesco desprevenido.

Patesco, a sus ciento setenta años, era el principal mitólogo del hemisferio norte de Venus.

Vivía en una pequeña aldea llamada Trak, en la cual, o mejor dicho en torno a la cual, a sus rudimentarios basamentos, a sus viejos sillares, se habían descubierto profundas vetas de tierra parda, ideal para procrear y multiplicar el hongo verdoso que alimentaba y daba color a los homúnculos venusinos.

Patesco, acostumbrado a vivir en las cavernas de Tolken, donde

siempre había fuegos encendidos, donde siempre se encontraba gente con la que hablar o a la cual poder tocar, no se había acostumbrado todavía a la vida campesina del pueblucho a que sus deberes científicos y sus obligaciones de ciudadano lo habían destinado.

Patesco medía exactamente ciento veinte centímetros. Era alto para ser un homúnculo. Tenía, además, lo cual llamaba mucho la atención entre sus congéneres, pelusa encima de los ojos.

Cuando llegó la nave extranjera, repito, Patesco estaba ocupado en sus cultivos de hongos.

El vocerío externo lo saco de su ensimismamiento.

Aquel pueblecito era un lugar de gente humilde, sin ambiciones y, por desgracia, también sin cultura.

Eran a tal punto miserables, que los andróginos, aquellas bestias aladas sin sexo (o con los dos), habían causado estragos últimamente entre su población más joven y tierna.

Patesco, en su calidad de científico y, más que nada por el hecho de provenir de una gran ciudad subterránea, se había convertido en un líder natural de aquellas gentes.

—Una nave... Una cosa horrible... —dijo un labriego.

Cientos de homúnculos se habían congregado en torno a Patesco.

Por su tamaño, casi un metro veintitrés, Patesco los sobrepasaba a todos en media cabeza.

—¡Silencio! —exclamó.

Paseó sus ciegos ojos, sus órganos sensoriales de calor por la multitud.

Yo, cronista, terrícola, no puedo entender lo que Patesco entendía. No puedo ver como Patesco veía. Pero él, sin embargo, a pesar de su ceguera casi absoluta, porque sólo una fina membrana capilar ubicada detrás de las orejas le permitía tener lo que nosotros llamamos visión, a pesar de todo ello, digo, Patesco veía.

Veía, sí, sentía las ondas calóricas o termodinámicas y sus nervios transmitían aquellas múltiples y diversas sensaciones al cerebro, formando en éste figuras, formas, contornos, profundidad de campo. Y no sólo eso, sino también, fundamentalmente, una clara imagen de lo que la gente que había a su alrededor pensaba.

Con sus ojos (llamémoslos así), Patesco vio una sola y única sensación: miedo.

Lo vio.

Vio el miedo sin verlo. Sin verlo, repito, me explico, como nosotros lo veríamos. Tal vez, sin embargo, viéndolo y. sobre todo, sintiéndolo de una manera mucho más profunda de lo que nosotros, meros terrícolas, podemos jamás sentir a través de la mera visión.

Porque lo que nosotros vemos es mera superficie. En cambio, Patesco, con aquellos ciegos bultos blancos, del mismo color lechoso de las blancas mariposas de la luz, veía. Y su mirada no se quedaba sólo en la piel de los demás, sino que la trascendía, trascendía los músculos y las entrañas, penetraba en el cerebro y arrancaba el secreto que el cerebro escondía.

En aquel caso, entre sus congéneres, entre los verdosos habitantes de Venus, entre la raza ahora dominante, había una sola y exclusiva sensación: el miedo.

—Vamos —dijo Patesco—. Venid conmigo los que queráis.

Patesco vio a los intrusos, los extranjeros.

Los vio, no sólo centímetro a centímetro por la superficie de sus trajes espaciales y sus redondas y brillantes escafandras, sino también a través de los tejidos, a través de la sangre, de los huesos y las neuronas hasta el fondo de aquello que en algún tiempo se llamó el alma.

Y vio, con la misma precisión nítida con que nosotros podemos o pudiéramos ver la foto de la amada, lo que guardaba o revelaba (para Patesco era lo mismo) la profundidad de la mente de los extraños seres recién llegados.

Había en ellos una sensación, sentimiento o idea unánime: el asco.

«Asco por nosotros», pensó Patesco.

¿Por qué? ¿A qué se debía aquello?

«Nos miran como si fuéramos gusanos», pensó Patesco.

Increíble.

Inexplicable.

Uno de los visitantes se había acercado a la muchedumbre de homúnculos nativos. Exhibía en los extraños tentáculos de goma, de piel de goma, sin ventosas, en aquellos seudópodos o como fuera como se llamaran, mostraba, digo, unos rectángulos brillantes, delgados, tibios en el tórrido aire de

Venus.

Crecieron los murmullos entre la multitud.

—¡Ellos…!

—¡Los antropófagos…!

—¡Los seres sin sexo!

Patesco arrancó de manos del extranjero, de aquel ser venido de una parte imposible del universo, uno de los rectángulos brillosos. Lo recorrió minuciosamente con las ventosas del extremo sensible de su brazo.

Reconoció, como si los viera, como si los oliera, como si los sintiera, como si los tuviera al lado, a los andróginos.

Los peores enemigos de su especie.

Depredadores sanguinarios.

Reconoció, también al tacto, los escarpados riscos de la Montaña Negra.

«¡Así que es allí donde se esconden las bestias!», pensó.

Habría que exterminarlos.

Y se haría.

Patesco era un pacifista, un ecólogo, un defensor de la naturaleza y de las razas salvajes en estado de extinción.

¡Pero los andróginos, aquellos monstruos, eran distinto!

¡No se les podía perdonar, después de tantos atropellos!

«Y pensar —se dijo Patesco— que son nuestros primos hermanos.»

* * *

Existe, como todos lo sabemos, una cosa, como un aura, un numen, inexplicable todavía, que se llama la telepatía.

Fue mediante este sentido extrasensorial, que los científicos aún discuten si es ondular, pendular, medular o corpuscular, como pudieron llegar a entenderse el mitólogo Patesco y el capitán terrícola Blith.

CAPITULO IV

Golen, jefe de clan de los andróginos, también había observado la llegada de la nave terrícola.

Reunido con los suyos en una oscura y honda caverna al pie de la Montaña Negra, Golen decidió que habría que aproximarse al lugar del aterrizaje para saber a qué habían llegado aquellos seres.

—Irás tú, Grock —dijo.

Grock era uno de los más jóvenes miembros de la tribu. Tenía en sus venas, al igual que el viejo Golen, sangre de los antiguos guerreros que habían llegado, según contaba la leyenda, hacía milenios, desde un remoto sol que no se podía ver.

Porque entre los mitos de los andróginos se conservaban visiones de un universo infinito, no constreñido a la mínima superficie de Venus y a su tibia y fina capa de atmósfera, sino que se extendía interminablemente en todas direcciones.

En este punto, los andróginos, androides, o hermafroditas, discrepaban radicalmente de los racionalistas homúnculos, para los cuales el mundo en su totalidad, es decir el universo, estaba encerrado bajo la pesada capa de nubes que cubría el planeta.

Grock meditaba en aquellas leyendas de antigua y perdida

grandeza mientras avanzaba con las alas plegadas cautelosamente por los senderos secretos de la montaña en dirección a la llanura donde había aterrizado el cohete.

Oculto tras unos montículos de ceniza parduzca, Grock observó la siguiente escena: vio a un homúnculo, sin duda el jefe de aquella turba verdosa, alejarse en dirección a las construcciones, acompañado por uno de los individuos que habían llegado en el vehículo aéreo.

Se trataba, por supuesto, de Patesco y el capitán Blith.

* * *

Para su sorpresa, el capitán Blith descubrió que podía comunicarse (él no sabía cómo pero podía) con aquel verdoso hombrecillo.

Y no sólo podía comunicarse, sino que le era absolutamente

imposible esconderle ninguna emoción, ningún sentimiento, ninguna idea: ni siquiera las más profundas.

El hombrecillo parecía tener la extraña y peligrosa habilidad de desnudar el alma y la mente del capitán.

No, ellos no eran esclavos de los ángeles. Eran sus amigos, por supuesto. Sí, sí, sí. El hombrecillo estaba de acuerdo con el capitán: eran unas criaturas hermosísimas, bellísimas cuando desplegaban sus alas fosforescentes bajo la luz refractada del sol.

Pero no eran inmortales, no. ¡Vaya ocurrencia! Eran mortales como todo ser.

Muy mortales.

Eso fue lo que Patesco transmitió al capitán Blith.

En su fuero interno, sabiendo que el capitán (al revés que él) no podía leer las ideas, Patesco pensaba: «Ingenuos forasteros, vengáis de donde vengáis —mental mente se restregaba las ventosas—; gracias a vuestros datos) hemos localizado esa tribu de antropófagos Pronto no existirá ni uno de ellos.»

* * *

Mientras el capitán conversaba con Patesco, una expedición de homúnculos partía secretamente (por los túneles que horadaban prácticamente toda la superficie de Venus) hacia la Montaña Negra. Su misión era una y simple: exterminar hasta el último de los andróginos que encontraran en aquel lugar.

La cumplieron a la perfección.

Sólo un andrógino (y no de aquella tribu) se salvó: el joven Grock.

El capitán Blith volvió a la Tierra sin ver ningún ángel, sin poder acercarse a ninguno de ellos.

No sabía la funesta misión que había cumplido, muy contra su voluntad.

La de delator, la de causante de una atroz masacre.

Patesco murió poco después. Murió misteriosamente. Sus restos, atrozmente mutilados, aparecieron desperdigados jun to a una leve corriente de agua en cuyas márgenes crecían los maravillosos hongos venusinos.

Patesco había ido allí a hacer una inspección y prospección.

Había ido solo porque era un homúnculo valiente.

Pero un homúnculo, por muy valiente, por muy fuerte y bien alimentado que esté de hongos, es nada o menos que nada (en cuanto a fortaleza) con el más esmirriado, débil y enfermizo entre los andróginos.

Grock estaba débil, su dieta de flúor se había reducido prácticamente a nada. La aparición en aquel sitio (donde él hacía días que estaba escondido) de Patesco lo llenó de pavor.

Sabía que sus antepasados se habían alimentado durante siglos de aquellos verdosos hombrecillos.

Sabía que para los andróginos, en otros tiempos, los homúnculos eran poco menos que ganado.

Sabía, también, que el hombrecillo aquel, con su color verdoso, estaba constituido casi enteramente por flúor.

El hambre, incluso la atávica ansiedad, no podían con el terror actual.

Para su desgracia, Grock había nacido en una época de decadencia. Su especie, su raza, ellos, los hombres de ambos sexos venidos de las estrellas, se extinguía.

Grock sabía que él sería de los últimos, que ya su cuerpo, aunque joven, no daría ningún retoño.

Le faltaba, al igual que a casi todos sus congéneres, la necesaria fuerza psíquica como para poder engendrar un nuevo ser.

La tarea de procreación era ardua y grave.

Grock había intentado varias veces concentrarse. Había intentado acceder al estado de gracia ideal. Y no lo había conseguido. Había sentido oleadas, rachas de placer. Pero sólo eso.

Nunca había llegado al éxtasis necesario en que la semilla macho se fecundaba con la semilla hembra dentro de sus entrañas y hacía brotar el germen del que sería un nuevo andrógino.

A estas alturas, Grock ya sabía que nunca lo conseguiría.

¿Y entonces?

¿De qué le valía seguir viviendo? ¿Para morir estéril, inútil, asesinado tarde o temprano por esos repelentes hombrecillos verdosos?

Esta noción, esta certeza, más el hambre acumulada por la falta de flúor, fue lo que hizo que Grock saliera de su escondrijo.

Patesco no tuvo tiempo siquiera de defenderse. No pudo articular

una sola sílaba o iniciar un ademán de defensa.

Sintió al monstruo, lo formó a través de sus órganos sensoriales en su mente, enorme, alado, fatal. Y entonces murió.

CAPITULO V

La muerte del mitólogo Patesco ocurrió cincuenta años antes de la llegada de la nave comandada por el capitán Laverda.

En ese medio siglo terrestre, las cosas habían cambiado radicalmente en Venus.

Los andróginos habían encontrado un líder que había perdido el miedo cerval y atávico que la especie sentía por los homúnculos.

Dicho jefe no era otro que nuestro ya conocido Grock.

El brutal asesinato de Patesco, seguido de un acto de antropofagia, había cambiado por completo la vida de Grock.

El hijo anhelado había surgido de forma casi espontánea de sus entrañas.

Grock lo enseñó orgulloso a los miembros de un clan que moraba en las estepas polares al norte de Venus.

Era, aquel niño, el primer hermafrodita autofecundado desde hacía más de veinte años.

Por otra parte, era un niño robusto, sano y fuerte.

Sus alas, durísimas, producían un brillo casi enceguecedor.

Grock se reunió con el consejo de ancianos de la tribu, y les dijo:

—Con unos cuantos vástagos fuertes y sanos como el que yo he producido, el destino de nuestra especie volverá a ser glorioso.

Grock sentía, dentro de sí, que se estaba convirtiendo, minuto a minuto, en un líder natural y en un jefe guerrero

—Sobreviviremos —exclamó, enardecido—. En unos años, seremos tan fuertes y poderosos como lo fueron nuestros antepasados, los que vinieron de las estrellas que hay más allá de nuestro cielo siempre cubierto de nubes.

—No te confíes tanto, hijo —señaló uno de los ancianos—. Un niño robusto y fuerte no significa que nuestro futuro puede cambiar.

—El presente, al menos, no ha cambiado —gruñó otro de los ancianos.

—Seguimos viviendo en la misma miseria y bajo el mismo terror —se quejó un tercero.

—Hace siglos que no probamos el flúor.

—Los homúnculos se han apoderado de todas las vetas naturales, para abonar las tierras de sus plantaciones de hongos.

Los ancianos hablaban uno por vez, siguiendo rigurosamente el

turno, a lo largo del círculo que formaban.

Acuclillados, con las grandes alas opalescentes plegadas, hubieran parecido (a un hipotético testigo terrestre) una bandada de buitres de rostro humano y alas de cristal que estuvieran en reposo aguardando que cayera la noche para iniciar sus prácticas depredatorias.

Había muy poco de angélico en los rostros apergaminados, casi fosilizados algunos, de los viejos andróginos venusinos.

Grock se erguía, imponente, en el centro del círculo.

Para dar énfasis a sus palabras movía a veces las pavorosas alas, produciendo un sonido como de un millón de golondrinas.

—¡Basta, viejos! Dejaos ya de palabrerío vano.

Grock se desplazó a grandes pasos por un diámetro del círculo, yendo de la vieja cara fósil del más viejo de los viejos hasta el rostro fresco, sano y vital de su hijo, que estaba sentado entre dos de aquellos ancianos.

—Es cierto —dijo Grock—. Los homúnculos se han apoderado de todo el flúor que existe en la superficie del planeta. Con eso alimentan sus plantaciones y ellos a su vez se alimentan de los hongos que crecen en dichas plantaciones.

Grock giró una mirada desafiante en torno a sí.

Sus poderosas alas se desplegaron y batieron el aire enrarecido de la cueva, lanzando destellos fulgurantes.

—¿Y sabéis cuál ha sido el resultado de este proceso? Que ellos, nuestros odiados enemigos, han acumulado tanto flúor en su sangre y en sus huesos que se han convertido en el más delicioso de los manjares.

Con una ancha sonrisa, Grock se golpeó el pecho con el puño tres veces.

—Os lo digo yo, Grock de Ahemos, que los he probado.

Una expresión de terror recorrió las caras que había alrededor.

—Sí —insistió Grock—. Yo me alimenté con uno de esos verdes hombrecillos. Yo, el más joven, el más frágil y el más delicado de los miembros de la ya extinta tribu de Ahemus.

La atención de los viejos era tal, que el aire en la caverna parecía tener filo.

—Yo —dijo Grock—, producto corrompido de la decadencia de la especie, hijo de un padre—madre decadente y débil a su vez. Y

aquí me tenéis. Y ése es el resultado de mi osadía.

Con un gesto dramático, Grock señaló a su hijo.

—Os traeré, a vosotros, a vuestros hijos y a vuestros escasos nietos el alimento que la especie necesita para subsistir y mejorar.

Grock volvió a sacudir las alas.

—Os pido que transmitáis la noticia de tribu en tribu, de clan en clan, de caverna en caverna, de cumbre en cumbre. Necesitaré voluntarios, colaboradores, cazadores.

* * *

No le fue fácil a Grock vencer las sólidas barreras del prejuicio y del pavor ancestral que sentían las gentes de su especie.

Sin embargo, a la larga, lo consiguió.

Y todos sus augurios se cumplieron.

En el lapso mínimo de una generación humana, los andróginos quintuplicaron su número.

La nueva generación, nacida con una sobrealimentación de flúor, creció vigorosa, sana y fuerte.

Además, los nuevos, tenían el instinto guerrero y depredador enormemente desarrollado.

Los cincuenta años terrestres que transcurrieron entre las expediciones del capitán Blith y del capitán Laverda fueron una casi continua masacre de homúnculos.

La situación se había hecho ya insostenible, cuando los homúnculos, venciendo el odio y los prejuicios, decidieron pedir a las autoridades terrestres que mediaran entre ellos y los andróginos y detuvieran aquella espantosa masacre.

CAPITULO VI

Cuando el comisionado Tubal Lavier fue citado al despacho oval del presidente del Consejo de Estado del Gobierno Central de los Cinco Continentes, no imaginaba que la misión que le iba a ser encomendada pudiera ser tan engorrosa.

Como siempre que acudía a la casa de gobierno para entrevistarse con el presidente, el comisionado Lavier estaba de excelente humor.

Aquellas visitas eran sin duda muy valiosas para ascender peldaños en la ardua escalera resbaladiza de la política.

Y también quedaban muy elegantes y lucidas en cualquier currículum que se preciara.

Las audiencias privadas que el presidente concedía eran contadas. Y los hombres a los que aquél citaba expresamente eran más contados aún.

En su larga, tortuosa y sin duda no limpia carrera política, Lavier había sido citado sólo tres veces a aquel despacho.

La primera cuando fue nombrado asesor letrado del cogobierno multirracial de Tanzania.

La segunda, cuando lo destituyeron de dicho cargo por presunto fraude. La tercera cuando, dos años antes, había sido destinado para el cargo que ocupaba todavía.

El comisionado tenía en estos momentos la conciencia tranquila, a la manera que la tienen los políticos. Es decir: sabía, con toda certeza, que sus fraudes y chanchullos no habían sido descubiertos.

Por ello, entró al despacho oval con la más franca, abierta y sincera de sus sonrisas.

El anciano Roger Kubalik, nonagésimo cuarto presidente del consejo de la Confederación Terrestre, era un viejecillo de aspecto inofensivo.

Engañoso aspecto.

Porque bajo aquella mirada inocente, casi ingenua, se escondía un cerebro sutil y afilado, y bajo aquella apariencia de pequeño monigote desarticulado se escondía el corazón de una fiera.

—Señor comisionado —dijo el presidente—, tengo una delicada misión para usted.

—Estoy a sus órdenes, señor.

—Una misión ingrata, comisionado.

—Mi deber es servir a la Tierra y a sus autoridades, señor.

—Una misión engorrosa, que no le retribuirá prestigio popular ninguno.

Aquello ya le gustó menos al comisionado, que no pudo evitar un desagradable, aunque fugaz, fruncimiento de cejas.

No había nada que escapara a la mirada de lince del presidente.

—Si usted prefiere, señor comisionado —dijo amablemente el presidente—, puedo encargar esta misión al Jefe de la Diplomacia Transestelar.

—No, no, no, no.

El comisionado sacudió enérgicamente la cabeza.

—Muy bien, pues —cabeceó el presidente—. Sabía que podía contar con usted. Pasemos ahora a los hechos.

El presidente abrió una carpeta que tenía ante sí y extrajo de ella una lámina de vinilo.

Era un hombre anticuado, que detestaba los artilugios electrónicos, y que trabajaba según los métodos del siglo XXVII, cuando aún el ser humano no había salido a la conquista de las estrellas.

Tan anticuado era que en vez de hacer adaptar a sus ojos unas cuantas neuronas de iridio protónico, resistentes para toda una vida, se aferraba a unas anticuadas gafas de cristales.

Se calzó dichas gafas para leer el documento que tenía en los dedos.

—Esta mañana —dijo—, el gobierno ha recibido un mensaje de Su Majestad Rickel II, de Venus. ¿Ha oído hablar usted de este caballero?

—Vagamente —dijo el comisionado—. Si mal no recuerdo es uno de los varios reyezuelos que se reparten el poder entre los homúnculos.

El comisionado rió nervioso.

—Ya sabe usted —dijo—. Esos extraños hombrecillos verdes, con ventosas...

—Dice usted que se reparten el poder entre varios reyezuelos —dijo el presidente.

Sí —dijo el comisionado—. Existen unos quince o veinte reinos

independientes. Son individuos con un raro fanatismo independentista. Se parecen en eso a nuestros antepasados de la era medieval, cuando aún no habíamos conquistado el espacio sideral.

—Por lo que veo —dijo el presidente, con la vista fija en la hoja de vinilo que tenía en la mano—, ya empiezan a parecerse a nosotros.

—¿Qué quiere usted decir, señor?

—Que ya no existen entre los homúnculos reinos independientes —dijo el presidente—. Su Majestad Rickel II ha constituido un gobierno unificado, una monarquía centralizada en su persona. Aquí lo dice muy claramente.

El presidente arrojó sobre la mesa la hoja de vinilo para que el comisionado la cogiera. Una sonrisa sardónica le curvó las arrugadas mejillas.

—Al parecer sus servicios de información no funcionan como sería de desear, comisionado —dijo.

—Tengo poca gente en Venus, señor —dijo el comisionado—. Los homúnculos han desbaratado todas mis redes de espionaje, han desmantelado todas mis emisoras clandestinas.

—Sí, lo sabía —dijo el presidente—. En cincuenta años largos que nos conocemos, esos extraños hombrecitos no dejaron nunca de mostrarse desconfiados, desdeñosos e incluso prepotentes. No han querido establecer relaciones diplomáticas normales con la Tierra y se han negado sistemáticamente a iniciar cualquier tipo de intercambio, ya fuera económico o meramente cultural.

—No creo que nos beneficiara sobremanera la cultura de esos humanoides. Dudo incluso que tengan lo que se puede llamar una cultura.

—Nunca se sabe, señor comisionado —dijo el presidente—. Pero dejemos ese asunto, por el momento. Vayamos a lo concreto. Porque resulta, como usted podrá apreciar si lee el documento que le he entregado, que su verde Majestad Rickel II nos pide ayuda.

—¿A nosotros? —preguntó estupefacto el comisionado—. Pero si nos aborrecen...

—Lea, por favor —dijo el presidente—. Luego discutiremos los detalles de la operación.

Con creciente estupor, el comisionado comenzó a leer.

CAPITULO VII

Los homúnculos habían aparecido sobre la superficie de Venus varios miles de años después que los andróginos.

Según teorías que diversos científicos terrícolas elaborarían con posterioridad, y en base a determinados estudios geológicos, zoológicos y botánicos de la evolución del planeta, los homúnculos procedían de una desviación de dextrógira del electrón de la enzima péptica bacteriana originaria. Es decir, que su más remoto antepasado era la bacteria y no el microbio de origen vírico.

Para mayor claridad, digamos que el homúnculo descendía de las algas y no de los protosaurios. Insistimos: estaba más cerca del vegetal que del animal.

Es quizá por ello, por esa extraña corrupción o desviación de la materia originaria, por lo cual el desarrollo evolutivo de las diversas especies vegetales que concluyó o alcanzó su perfección con el homúnculo, haya sido tan vertiginoso.

Pocos miles de años después de su asentamiento como organismo vivo, pensante, sensorial y traslaticio (es decir, liberado de la inmovilidad perpetua a la que están condenados sus parientes más cercanos los helechos), el homúnculo ya había alcanzado cotas imposibles para una especie de evolución puramente animal.

Eran (los homúnculos) varias decenas de millones ya cuan— do los altivos y orgullosos hermafroditas les prestaron atención.

Acostumbrados a vivir en las cumbres, solitarios y arrogantes, capaces de valerse por sí mismos para todo (incluso para la proliferación), los hermafroditas raramente descendían a los llanos calcáreos o a los grandes desiertos ondulados de cenizas carboníferas. Y fue en estos parajes inhóspitos donde se asentaron los homúnculos y donde se multiplicaron, y donde se civilizaron.

A través de los siglos de pacífica existencia, los homúnculos aprendieron el difícil arte de arrancar de aquel suelo todo lo necesario para vivir y progresar.

Demostraron, a lo largo de su historia, ser individuos eminentemente prácticos.

La especulación, fuera del tipo que fuera (moral, científica, filosófica o religiosa), no tenía cabida en el concepto que ellos tenían del universo.

Incapacitados de ver (llamemos visión a su extraño sentido termoemotivo, tan cercano a la telepatía) cualquier otra cosa que no fuera lo que había bajo la densa capa de nubes que recubría su planeta natal, nunca se les ocurrió pensar siquiera que pudiera existir un más allá espacial.

¿Para qué iba a existir, si a ellos de nada les servía?

Esta última pregunta, que durante mucho tiempo los homúnculos no se plantearon siquiera, demuestra con más rigor y exactitud que cualquier prolongado estudio la característica esencial de la especie: su exagerado pragmatismo.

El homúnculo, desde el más poderoso hasta el más humilde, tenía la absoluta certidumbre de ser la criatura primordial del universo.

No concebía que pudiera formar parte del universo como una especie más, sino que afirmaba y sentía que el universo, ese mínimo mundo bajo la capa de nubes, había sido formado para que ellos lo aprovecharan y utilizaran.

Desde la más temprana prehistoria sin duda, los homúnculos veían aquellas grandes figuras aladas que surcaban el cielo venusiano.

Se ha discutido hasta ahora si pudo existir, en el homúnculo prehistórico o protohomúnculo, un terror atávico de algún tipo por aquellas majestuosas figuras aladas.

El doctor L. M. Winston opina que ese terror no pudo existir jamás, porque los vegetales no conocen el miedo.

Otros son de la opinión contraria, señalando que cuando un árbol tiembla (según la teoría del biólogo Mac Manus) se debe más al horror que les produce la noche que al viento que los azota.

Para ellos, el homúnculo conocía el miedo.

Es posible.

Se trata, en todo caso, de una discusión especializada que aún se prolonga y que quizá se prolongue para siempre.

Lo cierto, lo comprobable, es que si el homúnculo primitivo sintió en él algún momento ese terror que todo ser pensante siente ante lo ignoto, muy pronto lo perdió.

No habían visto todavía desde cerca a un andrógino (sólo los veían, si era verlos, volando por el cielo como águilas gigantescas) y ya tenían la certidumbre de que con el devenir del tiempo lo

someterían y se apoderarían de las escarpadas cumbres en las que moraban los monstruos alados.

Porque (típica forma de pensar del homúnculo) si aquellas bestias estaban allí era para que ellos las aprovecharan de algún modo.

Y si aquellas montañas existían, era para que ellos le sacaran alguna utilidad.

Esta confianza desmesurada en sí mismo y en el destino de la especie, hacía que los homúnculos obraran sin prisa a la vez que sin pausa.

* * *

El primer contacto entre los homúnculos y los andróginos fue violento, bestial, sanguinario.

Marcó lo que serían, en lo sucesivo y hasta el final de los tiempos, las relaciones entre ambas especies.

Según figura en las crónicas, muy frías y precisas, de los homúnculos, allá por la época de las primeras investigaciones sobre el abono de flúor, un hermafrodita alado, por algún motivo que se desconoce (aunque presumiblemente sería puro aburrimiento), atacó y destruyó una colonia entera de pacíficos cultivadores de hongos.

Los muertos fueron varias decenas y la noticia muy pronto se difundió por todos los confines del planeta.

Parecía que los homúnculos, aun sin saberlo, hubieran estado esperando aquel ataque bestial para desarrollar sus planes de dominación y conquista.

Alertados por el peligro, se pusieron a trabajar, con la paciencia vegetal que siempre los caracterizó.

En poco más de un decenio, habían desarrollado de una manera desconocida hasta entonces sus industrias básicas y, fundamentalmente, todo lo basado en armamento militar.

Luego del primer ataque hubo durante años una psicosis masiva.

El gobierno, en cada zona (lo que llamaríamos, de acuerdo a la historia de la Tierra, naciones o países independientes, semejantes a los que existieron en nuestra prehistoria) mantuvo durante años un permanente estado de alerta.

Sin embargo, los ataques de los monstruos alados no se

repitieron.

Parecía como si de nuevo se hubieran olvidado de los homúnculos o como si nunca se hubieran fijado en ellos.

Se había tratado, sin duda, de un hecho aislado. Un andrógino aburrido, que por matar el tiempo se había puesto a despedazar aquellas bestezuelas verdosas, del mismo modo que un niño terrícola podría dedicar sus ocios a matar pajarillos a pedradas (si los pajarillos existieran todavía).

Lo más probable era que el hecho no se hubiera vuelto a repetir y que ambas especies hubieran continuado viviendo sin interesarse la una por la otra... Al menos por un tiempo.

Pero hay hechos en la historia de los pueblos que son imposible de prever y que modifican profunda y radicalmente el porvenir.

La matanza causada entre los homúnculos por aquel solitario hermafrodita agresivo fue sin duda un hecho de esa especial naturaleza.

Ahora los homúnculos, al ver a las aladas criaturas surcando el cielo sobre sus cabezas, sabían lo que era sentir pavor.

Cuando la especie, armada hasta los dientes, desarrolladas al máximo sus industrias, y bien alimentados sus especímenes, vio llegada la hora de hacer frente a la letal amenaza del cielo y destruirla, no hubo vacilaciones.

Todos los reinos independientes del planeta (eran sesenta y cuatro en aquel entonces) vivían en permanentes rencillas y disputas por las causas más triviales.

En más de una ocasión la blancuzca sangre de los homúnculos había sido derramada en guerras fronterizas y de conquista y en batallas por la posesión de territorios o de algún vital cauce fluvial.

Sin embargo, cuando llegó el momento, todos los gobiernos olvidaron las antiguas desavenencias y se unieron sólidamente en la causa común.

* * *

Los andróginos no se esperaban aquella verde, ululante y furibunda avalancha. Lucharon como leones y se defendieron como jabalíes heridos, pero nada pudieron ante la enorme superioridad numérica del enemigo y ante sus grandes inventos en materia

guerrera.

La guerra racial más cruenta que ha conocido el sistema solar se prolongó a lo largo de ciento setenta y dos años terrestres.

Al final de ese período, los andróginos sobrevivientes no excedían del millar y habían perdido el dominio de las altas cumbres del planeta.

Se dispersaron hacia los cuatro puntos cardinales y eligieron como madrigueras o refugios los pocos lugares que aún permanecían inaccesibles para los homúnculos.

Grutas inextricables, acantilados cortados a pico, parajes inaccesibles para nadie que careciera de alas.

Poco a poco, con el devenir de la historia aquellos refugios se fueron haciendo más vulnerables y más escasos.

Cuando los tripulantes del *Cristóforo Colombo* (primera nave terrícola que tomó contacto con la superficie de Venus) observaron fascinados, y filmaron, a los presuntos ángeles, no quedaban en todo el planeta más de mil andróginos.

CAPITULO VIII

La especie hermafrodita ya estaba en vías de extinción mucho tiempo antes que los homúnculos la arrasaran.

Ellos, por supuesto, no lo sabían.

No podían saber que vivían desde hacía siglos una profunda e irreversible decadencia, puesto que no tenían otro ejemplo de raza inteligente con que compararse.

Las más modernas teorías abundaban en la opinión de que la decadencia era una condición inherente a la especie, por lo menos desde que los primeros andróginos batieron con sus alas estelares el cielo claustrofóbico de Venus.

Porque, siempre según las teorías más actuales elaboradas por estudiosos terrestres, las legendarias historias orales que formaban el ciclo mítico de los hermafroditas venusinos, se basaban en la estricta realidad.

Al parecer, y seguimos basándonos en los estudios más recientes, hubo, en efecto, unos gigantescos vampiros estelares, que, provenientes del vacío trasplanetario, llegaron al sistema solar y se instalaron en Venus.

¿A qué se debió el hecho de que se produjera aquella emigración?

¿Por qué motivo o a causa de qué catástrofe estelar los andróginos primitivos abandonaron su suelo natal para emprender un largo viaje de siglos o milenios hacia un destino que no podían conocer?

¿Por qué, por último, eligieron Venus como sustituto de la lejana madre patria?

Como no desconocerá ningún lector atento, y ningún ciudadano terrestre medianamente cultivado, estas cuestiones ofrecen una vasta panoplia de respuestas.

Desde las teorías más disparatadas, como la del profesor Krausser, hasta las más dignas de confianza por su solidez científica y por su abundancia de datos comprobables.

Desde la colonización de Venus y la consiguiente extinción del homúnculo hasta la fecha, ha transcurrido ya medio milenio.

En este lapso, ínfimo si lo medimos a escala de la edad de la

galaxia, pero muy vasto si se lo compara con la fugaz existencia del mero ser humano, la ciencia y la técnica espaciales han avanzado enormemente en nuestro planeta.

Los terrícolas nos hemos extendido, como una plaga dicen algunos, por más de la mitad de nuestra galaxia.

Hemos colonizado el sistema planetario de Sirio, con sus dos soles, los nueve sistemas de las estrellas arturianas y ciento sesenta sistemas solares más.

En el confín superior de la gran lente galáxica se descubrió hace poco la huella antiquísima de una civilización similar en mucho a la de los andróginos venusinos.

Se trataba de una civilización de seres alados, enormes y andróginos.

Dicha civilización, según consta en el admirable trabajo audio tacto visual del doctor Hebert, se encontraba en un estadio de cultura y civilización mucho más avanzado que el de los andróginos venusinos.

Según demuestra el profesor Hebert, en aquella zona de la galaxia se produjo, hace aproximadamente cuarenta millones de años, el estallido de una estrella nova de inusitada potencia.

¿Fue ése el cataclismo que motivó la emigración de los andróginos y la posterior colonización del planeta Venus?

No hay una respuesta que se pueda considerar irrebatible, aunque el ya mencionado profesor se inclina por la afirmativa.

¿Por qué entonces el avanzado estado de civilización del que gozaban los andróginos en su tierra natal no existió jamás en Venus?

El motivo de esta decadencia es, según el profesor, el largo viaje emprendido.

Un viaje, a través del vacío interestelar, que debió prolongarse sin duda por milenios o incluso millones de años.

Durante esta travesía, los andróginos sufrieron diversas mutaciones, todas de orden negativo.

En primer lugar, perdieron la capacidad de trasladarse por el vacío.

En segundo lugar se redujeron considerablemente de tamaño y, por tanto, su velocidad crucero y su capacidad de resistencia en vuelo se hicieron mucho menores.

Cuando llegaron a Venus, después de viajar durante infinidad de

generaciones, ya eran una raza agobiada, cansada, vieja, con las cualidades originarias muy menguadas.

Conservaron, eso sí, el orgullo, siguieron siendo hasta el fin, todos y cada uno de ellos, solitarios pajarracos altivos.

CAPITULO IX

Luego de la prolongada guerra de exterminio, las cosas tampoco siguieron siendo como eran antes para los vencedores.

Las consecuencias de la guerra, que fueron muchas y diversas motivaron innumerables cambios irreversibles en la sociedad homúncularia.

En primer lugar, los setenta y cuatro reinos autónomos que existían antes de iniciarse las hostilidades, se vieron reducidos, después de terminadas aquéllas, a trece.

Esto se debió a que los reinos que más habían sufrido en carne propia la dureza de los combates, empobrecidos, despobladlas y desarmados, se encontraron inermes, cuando llegó la paz para defenderse de sus vecinos más poderosos.

En segundo lugar, los homúnculos, que hasta entonces habían vivido armoniosamente conservando cada cual su independencia y respetando al mismo tiempo la independencia y el libre albedrío de los demás, empezaron a conocer lo que eran las ansias de poder y a sufrir las amargas consecuencias de dicho cambio en sus costumbres y en su carácter.

He dicho con anterioridad que los reinos independientes de Venus acostumbraban guerrear entre ellos por los motivos más nimios y superficiales.

Se trataba de meras batallitas, sin otras consecuencias de algunas decenas o centenares de muertos, y que servían para mantener despierta la necesaria belicosidad de toda especie pensante y con ansias de dominio sobre las demás especies.

Pero entre ellos, entre los reinos, en aquellas épocas, existía el mutuo respeto y se protegía como valor sagrado la independencia de cada cual respecto a los demás.

Luego de la gran guerra de exterminio, estas virtudes (si es que son virtudes) se perdieron.

Verdad es que hubo un largo periodo, mensurable en siglos, de paz, progreso y aparente bienestar.

Aunque lo cierto es que la vida de la especie entró en una fase de profunda crisis.

Había pueblos que mandaban sobre otros pueblos, llegando en muchos casos a implantarse una virtual esclavitud enmascarada u

oculta.

Los homúnculos, que antes habían vivido en alegre armonía anarquizante, se dividieron bruscamente en clases sociales.

Primero, nada más que en ricos y pobres.

Con el tiempo, aparecieron muchas otras subdivisiones que atomizaron la sociedad en numerosos compartimentos estancos.

* * *

El reino de Samarra era quizá el más grande y poderoso.

Y, sin duda, era el más belicoso y el que hacía el más evidente de sus ansias de dominio sobre los demás.

Para nadie era un secreto que, desde el reinado de Fedor I hasta el de Rickel II, es decir a lo largo de los casi cinco siglos desde el fin de la gran guerra hasta la resurrección de los andróginos, los monarcas de Samarra habían vivido bajo una única y exclusiva obsesión: convertir el planeta entero en un reino unificado bajo su gobierno.

Sin embargo, a lo largo de quinientos años, aquella grandiosa idea imperial no pasó de ser un sueño, imposible de realizar.

Los reyes samaritanos fueron buenos y malos (más de los últimos que de los primeros, según es ley vital para toda dinastía que se prolongue más allá de sus límites de inercia), pero en última instancia sus errores no influyeron para nada en el devenir de los acontecimientos.

¿Por qué?

Porque la poderosa, ambiciosa y cohesionada burguesía industrial de Samarra, para defender sus naturales intereses, había segregado, de sí misma (igual de un cuerpo enfermo segrega leucocitos) una casta de funcionarios, estadistas y militares que eran los que de hecho gobernaban el reino.

Eran estos hombres los que frenaban las desorbitadas ansiedades imperiales y de conquista de los monarcas.

Durante quinientos años las refrenaron.

No porque creyeran en la justicia del derecho internacional o porque defendieran la independencia de los otro doce reinos venusinos.

Muy al contrario.

Ellos, como casta gobernante, y como grupo perteneciente en el fondo a una clase de industriales y comerciantes, eran todavía más imperialistas que los reyes.

Pero eran políticos, acostumbrados a sacar siempre un efecto de cada causa, a elaborar consecuencias a partir de hechos aún no consumados y a calcular siempre las cosas a largo plazo.

Y en el transcurso de aquel largo milenio de aparente paz y prosperidad, las circunstancias objetivas nunca fueron lo bastante beneficiosas como para permitir al reino de Samarra ninguna aventura de carácter expansionista.

Esto se debía, por paradójico que pudiera parecer, al propio poderío de los samaritanos.

Los otros doce reinos a menudo se enfrentaban por motivos de interés particular, y los pueblos de algunos de ellos se odiaban fervorosamente.

Una sola cosa lograba en ellos absoluta unanimidad: el temor que Samarra les inspiraba.

Si un ejército samaritano hubiera invadido cualquiera de los reinos vecinos, todos los reinos del orbe se hubieran unido instantáneamente contra Samarra y la guerra hubiera sido inevitable.

Es muy posible que Samarra, a la larga, hubiera resultado vencedora.

Pero ¿a qué precio?

Los comerciantes e industriales que estaban en la cúspide de la pirámide económica del reino no estaban dispuestos a perder sus mercados de venta a causa de los sueños imperiales de ningún reyezuelo.

* * *

Rickel II estaba aquella tarde sentado en el trono de la gran sala de su palacio.

Su primer ministro, el viejo Lepepe, le informaba de los últimos acontecimientos.

En menos de un mes se habían producido, en distintos puntos del planeta, más de quinientos ataques sorpresivos de los feroces andróginos, contra la población indefensa de aldeas, pequeñas

ciudades, granjas de cultivo de hongos y colonias instaladas en los cauces de algunos ríos.

—Hasta el momento —dijo Lepepe—, la situación se mantiene bajo control. Pero es difícil predecir si se podrá seguir manteniendo este control.

El edecán mayor, Don Louis intervino:

—He oído decir que nuestros vecinos de Golconda tienen muchas dificultades.

—Podríamos prestarles nuestra ayuda —dijo el rey—. Enviando un par de ejércitos por ejemplo.

Los grandes ojos bulbosos y blancuzcos le palpitaban de entusiasmo.

—Luego, por supuesto —dijo—, nuestros ejércitos ya no saldrían de allí y Golconda pasaría a formar parte de mis dominios.

—Es una buena excusa, sí —dijo el edecán mayor—. Pero temo que nos traería grandes complicaciones internacionales.

—Si al menos el gobierno de Golconda solicitara nuestra ayuda —dijo el príncipe Pob, hermano menor de Rickel y asociado a su gobierno—. En ese caso todo sería legal, ¿verdad?

—Y lo cierto —informó el primer ministro— es que la necesita. El terror a los andróginos ya ha provocado motines en varias ciudades y en la propia capital.

—Sí —dijo Rickel, melancólico—. ¿Por qué diablos serán tan orgullosos estos golcondeses? Yo igual estoy tentado de enviar cuanto antes a nuestros soldados.

El príncipe Pob meneó suavemente la cabeza.

—Te ruego, ilustre hermano —dijo—, que esperes un poco, que refrenes tus imperiales impulsos por un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

El rey había gruñido. No le gustaba que se opusieran a sus caprichos.

—Estoy de acuerdo con su majestad —dijo el general Kokó—. Esta es una oportunidad única que no debemos desaprovechar. No hay tiempo que perder.

El vetusto general se exaltaba con sus propias palabras como si fueran una droga. Su cuerpo verdoso destilaba el profundo olor sensual de la guerra inminente.

—Ya he transmitido orden de alerta a las sesenta divisiones

fronterizas —dijo el general—. Si usted lo ordena, majestad, daré la orden de movilización general. En dos horas habremos ocupado la capital de Golconda.

El primer ministro se mordió el labio inferior. No le gustaba la situación, era lo bastante buen político como para comprender que aquella forma de actuar los podía llevar al desastre.

Pero no se atrevía contradecir al rey, y a enfrentarse con su divino furor.

—Habrá que redactar urgentemente un comunicado —dijo—. Señalar que la movilización y la ocupación de Golconda no están motivadas por ninguna finalidad imperialista, sino que se deben a nuestro lógico afán por defender a nuestros hermanos de raza los golcondeses de los bárbaros ataques de los andróginos.

—En efecto —dijo el edecán mayor—. Ordenaré inmediatamente que todas las cadenas de radio y televisión se integren de inmediato al circuito estatal. Difundiremos nuestra proclama hacia todos los puntos del orbe.

El rey sonreía satisfecho.

Su membrana verdosa temblaba con la emoción.

—Haced lo que os dicta el deber, mis vasallos. Yo, Rickel II, rey de Samarra por derecho divino, os doy mi bendición.

—¡Aguarda! —exclamó el príncipe Pob.

Se puso en pie.

—Y todos vosotros, necios, esperad —ordenó.

—¿Cómo osas…?

Su majestad había palidecido.

Los demás, que ya habían empezado a incorporarse para ir cada cual a cumplir su tarea, se inmovilizaron, congelados de pavor.

Nunca, en la historia de Samarra, nadie había hablado ante el rey como lo estaba haciendo el príncipe Pob.

Era hermano del monarca, sí.

Pero eso no le daba derecho a proferir tamañas exclamaciones.

Con tristeza, el anciano primer ministro observó al príncipe.

Le tenía especial simpatía. Lo había visto crecer y hacerse hombre.

Estaba convencido, por otro lado, que nunca en su dilatada historia la dinastía reinante había dado una personalidad tan capacitada para las funciones de estado.

Lo perdía tan sólo su orgullo belicoso, que era como una marca de fábrica en los miembros de la familia real.

Y esa belicosidad, esa falta de discreción, le podía costar hoy la vida.

Rickel no perdonaría la actitud de su hermano, y el hecho de que éste hubiera desobedecido de esa manera sus órdenes.

En su calenturienta imaginación, el primer ministro veía al joven príncipe camino del patíbulo, y ya decapitado...

Sin embargo el príncipe Pob sonreía, indiferente y seguro de sí mismo.

Había vuelto el rostro, muy sereno, hacia la cara congestionada de furor de su real hermano.

—Oh, ilustre hermano —dijo—, te ruego que prestes atención un instante a lo que tengo que decirte.

—Habla, hermano —dijo el rey—. Pronuncia las que quizá sean tus últimas palabras.

No pareció inmutarse el príncipe Pob.

Ni su rostro ni su voz se habían alterado.

—Te ofrezco —dijo— el imperio sobre todo el planeta a cambio de que sepas aguardar un par de días.

—Explícate —dijo el rey.

—Preferiría no hacerlo —dijo el príncipe—. No quisiera que tus augustos oídos se mancillaran con mis tortuosos procederes.

—¿Qué quieres decir? —gruñó el monarca.

—Que a menudo los más nobles fines se alcanzan a través de los caminos más torcidos —dijo el príncipe—. Desde hace años trabajo en la sombra por tu grandeza. Concédeme tan sólo dos días más.

—Está bien —dijo el monarca—. Si en ese plazo no se han cumplido tus promesas, tu vida habrá llegado a un brusco y desgraciado final.

Pronunciadas estas palabras, Rickel II movió lánguidamente una mano y sus acompañantes se retiraron.

CAPITULO X

Leda, joven y hermosa homúncula, estaba echada voluptuosamente en un sillón.

El macho que la acompañaba era uno de los hijos del rey Aakon de Fidman, pequeño reino del hemisferio sur de Venus.

El joven príncipe, llamado Aakon como su padre, terminó de preparar unas bebidas compuestas en base a hongos fermentados.

Entregó uno de los vasos a Leda.

—Por nosotros —dijo.

Leda cogió el vaso y bebió delicadamente.

Sus órganos sensoriales, hiperdesarrollados en el sentido de la sexualidad y el erotismo, captaron clara y nítidamente la creciente excitación del príncipe.

Las ondas térmicas del cuerpo del macho reflejaban una pugna entre la pasión sexual que lo enajenaba y un oscuro complejo de culpa de cuyo origen Leda no estaba muy segura.

—Acércate, querido —pidió con una voz acariciante la muchacha.

El príncipe vaciló.

Ella se movió sobre el sillón y su cuerpo transmitió una corriente eléctrica continua de estímulo erótico que alcanzó los órganos sensoriales del macho. El príncipe Aakon dejó de vacilar y se reclinó sobre la bella.

Sus cuerpos se fundieron en un abrazo.

Leda, experta en esos menesteres, acarició con sus ventosas los lugares más sensibles del cuerpo del macho, haciendo que éste se estremeciera de placer.

El príncipe, enloquecido de deseo, intentó introducir su órgano sexual en el órgano sexual de la joven, pero ésta lo eludió con un grácil movimiento y se escabulló de entre sus brazos.

—Por favor —pidió él—. Hace tres meses que nos conocemos y todavía no me has dejado...

Leda, de pie ahora, sentía los efluvios de deseo del hombre mezclados con un sentimiento de ira y de cólera que iban en aumento.

—Soy un príncipe —dijo él—. Tú pareces olvidarlo.

—No lo he olvidado ni por un instante, querido —dijo Leda, con

cierta ironía—. ¿O acaso prefieres que te llame alteza? Ordénamelo y lo haré.

—¿Y si te ordeno que no te sigas resistiendo? —también el príncipe hablaba con un tono irónico, en cuyo fondo vibraban la cólera y la frustración por el deseo no satisfecho—. ¿Qué harías en ese caso? ¿Te mostrarías dócil?

—Esa es la única orden que nunca obedeceré —dijo Leda.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece que me obliguen a esas cosas. Cuando lo hago es porque lo deseo. Aunque seas un príncipe, no lograrás convencerme u obligarme.

Aakon júnior apretó el vaso de licor con su larga mano verde.

—Reconoces que lo has hecho con otros —dijo.

Leda sentía que el furor del príncipe iba en aumento, al igual que su amargura y su frustración.

Los estímulos de desbordada lujuria que despedía el cuerpo del macho hirieron los sentimientos alertas y acostumbrados de la muchacha.

Por un momento Leda sintió en su cuerpo, en su sangre blancuzca y en sus nervaduras sensoriales, una oleada de deseo.

De haber sido libre para obrar según su deseo, se hubiera entregado en aquel mismo instante a la voluntad erótica del joven príncipe.

Pero ella no era libre de hacer lo que quería, sino que actuaba en aras de una misión y una idea mucho más importante que ella misma.

Haciendo un esfuerzo desmesurado logró reponerse y vencer a la voluptuosidad.

Sonrió con desvergüenza, de nuevo en su papel.

—Lo reconoces —insistió el príncipe—. Lo has hecho antes con otros...

—Por supuesto —dijo Leda, con descaro.

—¿Con quiénes? —bramó el príncipe—. Quiero que me lo digas.

—Oh, querido —exclamó Leda, ahogando un bostezo—. Lo he hecho con muchos... Con jóvenes y con viejos, con ricos y con pobres... Y todos han quedado satisfechos...

—Me lo imagino —rugió colérico el príncipe—. Lo has hecho con plebeyos, con gentuza... Y a mí, un príncipe, un hombre de sangre

real me desprecias.

—No te desprecio, querido. Te juro que desde que estoy aquí en la corte no he pensado más que en ti.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Nunca me has engañado?

—Nunca. Desde que te conozco me he conservado tan pura como el flúor.

Leda se acercó insinuante al macho.

—Lo que ocurre, querido, es que aún no ha llegado el momento. Te quiero, me gustas, eres muy simpático y te encuentro enormemente atractivo, pero no me excitas, no me estimulas.

—¿Por qué? Cientos de mujeres están locas por mí, tú lo sabes. Y sin embargo tú...

El príncipe mascculló un par de obscenidades.

—¿Por qué te habré conocido? ¿Por qué habrás salido de la lejana capital de Samarra para venir hasta aquí? Parece como si lo hubieras hecho a propósito para enloquecerme.

Una oleada de pánico recorrió a Leda.

El príncipe había hablado sin pensar lo que decía.

No sabía lo cercanas a la verdad que eran las palabras que había pronunciado.

No sólo cercanas a la verdad, sino que eran la verdad lisa y llana.

Leda, en efecto, estaba allí para enloquecerlo. Y al parecer, había cumplido su objetivo.

—¿Sabes? —susurró Leda—. Me gustan los hombres fuertes, con don de mando, los hombres que se muestran capaces de dominar y mandar a sus semejantes.

—¿Me lo dices a mí? —exclamó el príncipe, enfurecido.

Sus movimientos, su rostro expresaban una especie de frenesí de cólera.

—A mí, que tengo bajo mi mando al ejército real...

El príncipe chasqueó los dedos con un sonido húmedo.

—Soy un hombre poderoso en este reino —dijo—. Soy más poderoso que todos los ministros, que mis tres hermanos mayores, que cualquiera...

—Menos que tu padre.

—Soy casi tan poderoso como él.

—Demuéstramelo, y te creeré —dijo Leda.

—¿Cómo quieres que te lo demuestre?

—Ya pensaré alguna forma...

Leda deslizó sus ventosas por la piel húmeda y fungoide del macho en celo y se retiró.

* * *

—Llamando al príncipe Pob... Aquí XQV—8 llamando al príncipe Pob.

—Aquí el príncipe Pob. Adelante XQV—8.

—La víctima está en el cepo. Dispuesto a hacer lo que sea. Espero órdenes para iniciar segunda parte del plan.

—Segunda parte del plan debe comenzar de inmediato.

—Entendido, señor. Cambio y fuera.

Leda desconectó el microtransmisor de pulsera y lo escondió en una grieta del suelo.

Se observó en un espejo mental de iridio.

Sus órganos sensoriales le revelaron que estaba más hermosa que nunca.

Leda formaba parte del servicio secreto del reino de Samarra, dirigido personalmente por el príncipe Pob.

Ella había sido seleccionada, junto con otras bellísimas muchachas, como instrumentos de un audacísimo plan de conquista ideado por el príncipe Pob...

Dicho plan, que llevaría a Samarra a la conquista de todo el globo venusino, se apoyaba en el único sentido capaz de enloquecer a cualquier homúnculo: el sexo.

Era a causa de esa extremada avidez sexual por lo que los homúnculos habían proliferado de manera tan arrolladora y en tan corto lapso de tiempo.

Leda, perfecta hembra de la especie, lo sabía. Sabía utilizar sus encantos para despertar en el macho esa desenfrenada avidez.

Durante tres años de intensísimos trabajos, Leda había sido educada para dicho fin.

El objetivo, en su caso, no era un macho cualquiera, con el cual ayuntarse de por vida, formar un hogar y procrear.

Su educación excluía rigurosamente el amor y desde el principio

había tenido un destinatario concreto: el príncipe Aakon junior, jefe supremo del Ejército Real de Fidman.

Embellecida y descansada, Leda salió de sus aposentos para dar comienzo a la segunda parte del plan.

* * *

A cinco mil Kilómetros hacia el norte, el príncipe Pob respiraba aliviado y sonreía.

Se volvió bruscamente hacia Dunia, su joven y bella secretaria.

—La última de las chicas —dijo—, la destinada en la corte de Fidman, ha iniciado ya la segunda parte del plan. Todas las otras lo habían iniciado con anterioridad.

El príncipe sonrió y las ventosas de su brazo derecho se abrieron como bocas voraces para acariciar a Dunia.

—En estos momentos, una docena de importantes hombres de estado, ya sean príncipes, ministros o generales, viven obsesionados por una mujer esquiva.

El príncipe miró la hora en un reloj de pared.

—Todos ellos, en el lapso de unas horas, se verán agraciados por los favores de sus elusivas damas.

El príncipe se acercó lentamente a la bella secretaria.

—Y en veinticuatro horas justas, mi hermano, Rickel II, se convertirá en el monarca absoluto de Venus.

—Gracias a ti —comentó Dunia.

—Y gracias a ti —dijo el príncipe—, en otras veinticuatro horas yo habré sustituido a mi hermano al frente del nuevo imperio.

CAPITULO XI

El senador Gunnar era (nadie lo ponía en duda) el hombre fuerte de Kator.

Kator era, al menos de derecho, una monarquía (como lo eran todas las otras naciones independientes de Venus), pero para nadie era un secreto que el joven monarca, Acthys LXII oficiaba sólo de fachada y era utilizado exclusivamente para los actos protocolarios.

En realidad, el poder descansaba en las ajadas manos del senador Gunnar.

El (y sólo él) gobernaba en Kator. Había acumulado en su persona los cargos de Jefe de policía, Ministro de la Guerra, encargado de Finanzas, plenipotenciario en Relaciones con el Extranjero, jefe supremo de los Ejércitos y lord mayor del Reino.

Públicamente, para sus compatriotas, Gunnar era un hombre austero, sin vicios y sin debilidades.

En la intimidad, sin embargo, era un viejo corrompido, bebedor, exageradamente sensual y lujurioso.

Tenía marcadas tendencias sádicas, y gozaba maltratando a las hembras de la especie.

En la mayoría de los casos, debía recurrir a su poderío para obligar a las elegidas a someterse con docilidad a sus aberrantes caprichos.

El hecho era altamente insatisfactorio, porque para Gunnar el verdadero placer, el auténtico, el único, el indescriptible, residía en el hecho de que la hembra se entregara a sus excesos con entera libertad y los gozara del mismo modo que los gozaba él.

Pero, por supuesto, aquellas hembras eran escasas. Siempre lo habían sido.

A pesar de todo su poder, el senador Gunnar podía contar con los dieciocho dedos de sus manos (y le sobraban doce) las mujeres que se habían entregado con sincera docilidad a sus prácticas aberrantes.

Laila era una de ellas, la última... y la mejor.

El senador Gunnar, mientras se preparaba para ir al encuentro de la dama de sus sueños, se relamía de gusto pensando en el deleite que había obtenido en fechas muy recientes... y en el que obtendría en cuestión de minutos.

Porque Leila se había dejado golpear, flagelar, quemar. Incluso

había aceptado con entusiasmo los electrodos y las descargas de rayos ultravioletas.

Pero hasta entonces siempre había opuesto reparos a sumergirse en una tina de sodio líquido.

Y ahora, por fin, había aceptado.

El senador anticipaba extasiado los goces que sentiría. ¡Verla sufrir dentro de aquella materia que la quemaba, cogerla luego en sus brazos y acariciarla mimosamente antes de hacerle el amor!

Sólo de esa forma, con una mujer llagada, herida y sufriente entre los brazos, podía el senador Gunnar gozar plenamente el amor carnal.

Era un perfecto degenerado, un homúnculo que casi no merecía formar parte de la especie.

Porque los homúnculos gozaban sana y deportivamente el amor, sin necesidad de aberraciones. El, no. Él no había tenido hijos, ni mujer fija. No había formado un hogar, no había fundado una familia.

Había dedicado todas sus energías a sus dos únicos y obsesivos intereses; acumular dinero y poder, por una parte, y descargar su sadismo en hembras jóvenes y hermosas.

Laila era joven y hermosa.

Gunnar no recordaba haber gozado a otra mujer tan hermosa como ella.

Camino del aposento rosa (donde ya los esclavos particulares del senador habían colocado la tina de sodio líquido) el senador fantaseaba sobre lo inminente.

* * *

Y en el aposento rosa, Laila daba los últimos, sabios retoques a su persona.

Laila, al igual que Leda y otras diez muchachas (cuyos nombres clave, pues no eran los auténticos, empezaban todos con la letra L), había sido seleccionada entre más de setecientas aspirantes para el papel que ahora desempeñaba.

Y había sido elegida por un motivo muy especial: porque le gustaba.

Era, puede decirse, un alma gemela del senador Gunnar, sólo que

en mujer y con el signo invertido.

Laila, hembra aberrante de la especie, que no había dado hijos, que nunca había tenido marido, sólo gozaba del amor cuando iba unido al dolor físico.

Sabía que, por este motivo, su vida no sería larga (unos ciento cincuenta años, a lo sumo), pero esa certidumbre no la conmovía.

Pensaba: «Vale más una intensa vida corta que una larga vida monótona y rutinaria.»

Laila tenía muy poco (por no decir nada) de vegetal.

Faltaban minutos apenas para que llegara el senador. En algunos instantes la puerta se abriría bruscamente...

Laila se estremeció.

«¡Menudo viejo depravado!», se dijo.

El senador era viejo, desagradable de aspecto, incluso olía mal.

Pero su experiencia y su intrínseca perversidad suplían con creces todos sus defectos.

Laila había gozado con él como con ningún otro hombre.

Y aún gozaría muchísimo más.

Aquel mismo día. En pocos instantes.

Laila se acercó a la gran tina en la que humeaba el sodio líquido e introdujo un dedo, con cierta aprensión. Sintió el vivo dolor que parecía lacerarle la piel, y una oleada de placer la sacudió.

«Será magnífico —se dijo—. Y él ahí contemplándome y llenándome de insultos. Le pediré que me diga las cosas más duras, más feas, más desagradables, más abominables.»

La puerta se abrió.

* * *

A dieciocho mil kilómetros, en la otra cara del globo (la que entonces permanecía en la sombra, fuera del alcance de los escasos y débiles rayos del sol), ocurría una escena semejante en cuanto a sus finalidades, la específica y notoria y también la secreta.

Dos seres a punto de hacer el amor. Uno de ellos un hombre muy poderoso y el otro (la hembra) una bellísima muchacha entrenada para aquel fin en las bases subterráneas del reino de Samarra, bajo la dirección del príncipe Pob.

En este caso, el lugar era la capital del reino de Sanuth (el

segundo en importancia luego de Samarra) y los personajes del drama eran el general Ignath y la hermosísima Luján.

La sordidez sadomasoquista que envolvía la turbia y apasionada relación del viejo senador Gunnar y de la extraña Laila, se veía aquí sustituido por un aura de suave, casi melancólico romanticismo.

Una tenue luz fluórica se expandía por la estancia, había pieles de oveja venusina en las paredes y el suelo tenía una capa de varios centímetros de ceniza enfriada.

La piel vellosa de oveja, la luz de flúor (la opalina era la más indicada) y la ceniza enfriada por debajo del cero absoluto obraban de una forma muy especial en los órganos sensitivos tan especiales que poseía la especie homuncularia.

Provocaban a la vez una hiperlucidez y una extraña y deliciosa languidez. Amortiguaban la capacidad sensorial al mismo tiempo que la hacían penetrante.

Algo difícil de explicar, incluso para los propios homúnculos y que un terrícola sólo podría entrever, aunque muy vagamente, si lo comparara con determinados alcaloides de los que se producen en las lunas de Júpiter y que tanta aceptación tienen entre la juventud ociosa.

El general Ignath. y Luján estaban echados lánguidamente sobre la fría ceniza carbohidratada.

El general era un militar brillante, que había alcanzado el alto puesto que ocupaba sin haber cumplido ciento veinte años todavía.

Era apuesto, cultivado y sentimental.

En él se daba el raro dualismo del soldado y del poeta. En la guerra, primaba el primero. En la paz, imperaba el segundo.

En el amor, los dos confluían.

El general gustaba de la estrategia de largo alcance en las lides amorosas.

No estaban hechas para él las mujeres fáciles, las que se entregaban a la primera de cambio.

No, no, no.

Al general, en el amor y en la guerra, le gustaban los asedios prolongados, la técnica envolvente, las maniobras de diversión, las estratagemas brillantes.

Era, en el amor y en la guerra, un estratega, un genio en el difícil arte del engaño y del camuflaje, un maestro de la sutileza, un

enamorado de la planificación a gran escala.

Y aquella noche, por fin, luego de un largo asedio, se disponía para el asalto final.

Echado sobre el frío colchón de ceniza, y mientras escanciaba néctar de hongo amarillo en los dos vasos, el general recordaba con legítimo orgullo la larga campaña de la guerra contra los parsíes, las escaramuzas iniciales, el despliegue de fuerzas por la llanura del Ko, el sitio de un año entero a la fortaleza de Númide y la memorable batalla final.

Había muchos puntos de contacto, una interesante similitud entre aquella prolongada campaña militar y esta campaña de amor que en la actualidad lo ocupaba.

Incluso (lo reconocía con cierto rubor, porque como buen hombre de genio odiaba repetirse) había empleado en la guerra con Luján verías de las estratagemas tácticas que había utilizado en la guerra con los parsíes.

Y en ambos casos, el resultado había sido alentador.

A los parsíes él los había llevado al terreno que quería, pero sin demostrarles que los llevaba hacia allí, sin hacerles comprender que, aunque no lo pareciese, era él el que llevaba la iniciativa militar.

Y los parsíes habían caído en la trampa. Se habían refugiado en la fortaleza, creyéndose allí seguros y luego habían salido a plantear la batalla final en las gargantas graníticas de Solaún, que era lo que el general Ignath sutilmente había planeado.

Con Luján la situación se había repetido. Ella creía haber llevado todo el tiempo las riendas de la contienda, sin percatarse en ningún momento que, secretamente, él la estaba empujando en la dirección que él quería.

Por eso se encontraban allí, entre pieles de oveja, bajo la luz rosada del flúor, tendidos en la fría ceniza.

La idea había partido de ella, por supuesto.

Lo que ella, Luján, no sabía era que el general había ido filtrando poco a poco aquella idea en su mente.

—¿Contenta? —preguntó el general.

—Contentísima.

—Tenías razón —dijo el general—. Se está muy bien así.

Y pensar que yo creía...

Se interrumpió.

—¿Qué creías, Ignath?

—Que todo esto de la ceniza, la luz de flúor y la piel de oveja eran patrañas, macanas, chiquillerías.

—Ya ves que no —dijo ella.

—Lo ve.

—¿Me quieres, Ignath?

El general esperaba esa pregunta. Sabía que Luján lo había llevado a aquel lugar para hacerle esa pregunta, nada más. Porque era un hecho comprobado que en un ambiente de ceniza, luz de flúor y piel de ovejas, un homúnculo, del sexo que sea, es incapaz de mentir.

El general lo había calculado todo minuciosamente. Sólo existía un antídoto frente al poder hipnótico de la conjugación de aquellas tres fuerzas: un prolongado ayuno.

Y apenas dos horas antes, Luján y el general habían cenado en un elegante restaurante. Y Luján había visto al general comer. Y comer copiosamente. Lo había visto con sus propios ojos.

Claro que no estaba al tanto del pequeño dispositivo que había ideado para el general uno de los más notables cerebros científicos del reino.

Se trataba de un pequeño adminículo que, introducido en la tráquea, desviaba los alimentos directamente hasta el estómago neutro que poseían los homúnculos. Una vez allí, los alimentos podían ser tranquilamente expulsados sin que hubieran pasado por el aparato digestivo.

—¿Qué has dicho? —preguntó el general, haciéndose el que no había escuchado.

—Te he preguntado si me quieres.

—Y necesitas una respuesta, claro.

—La necesito.

—Bien... —el general vaciló—. Pues...

Extraña chica, la bella Luján. Y más extraña aún si se consideraba que era oriunda de Samarra, donde para nadie era un secreto el hecho de que las costumbres estaban muy relajadas, sobre todo en materia sexual.

Una chica sincera, apasionadamente honesta. Virgen, por supuesto. Al general le fascinaban las vírgenes, sobre todo en el momento en que él intervenía para que dejaran de serlo.

Desflorar a una doncella era para el general un placer comparable al de ganar la batalla más ardua y difícil. Y, a fuer de ser sinceros, el general había desflorado muchas menos doncellas que batallas había ganado.

Los ejércitos se reclutaban sin demasiados problemas, para batallas siempre se podían encontrar motivos... Hallar una virgen, en cambio, era otro cantar. Era algo muy distinto.

«Y más en estos días que corren —se dijo el general—. En esta época de inmoralidad y desenfreno.»

Bien.

Él era un hombre dichoso.

Él tenía allí su virgen, dispuesta a dejar cuanto antes de serlo.

Pero el general no tenía prisa. Quería demorar un poco más el asedio.

«¡Vaya uno a saber cuándo encontraré otra virgen!», se decía el general.

Tenía que gozar hasta el último instante, arrancarle todo el encanto posible a la situación.

—Contéstame —dijo ella—. Te he hecho una pregunta.

—Me obligas...

—Te obligo.

—Te quiero —dijo el general—. No sé por qué te lo digo, pero te quiero. Ahora búrlate.

—No me burlaré.

—¿De veras? Eres extraña. Las mujeres disfrutan burlándose de sus enamorados, sobre todo cuando son sinceros y fieles como lo soy yo. Anda, ríete. Soy un anticuado militarote, que cree que el amor es un sentimiento sublime. Y tú eres una joven moderna, una samaritana. Venga, suelta la carcajada.

—No lo haré.

—¿No? —el general alzó una ceja—. ¿Se puede saber por qué?

—Porque soy incapaz de burlarme del hombre que amo...

—¿De..., de verdad?

Luján asintió sin palabras.

—¡Amor mío!

El general la estrechó entre sus brazos.

Luján se adhirió a él con todas las ventosas de su cuerpo.

—Hazme el amor —susurró—. Poséeme. He conservado mi

cuerpo invicto como estandarte en tu lanza de soldado.

Ella estaba sinceramente enamorada y era una auténtica virgen.

El príncipe Pob no se equivocaba jamás en sus elecciones. Había calculado precisamente lo que ocurriría. Y había ocurrido lo que él calculara.

Luján sufriría toda su vida por aquel amor que (antes incluso de conocer al hombre del que se enamoraría) ella sabía que sería imposible.

El general Ignath, según el príncipe Pob había calculado, no se debía enamorar de ella...

Y por supuesto no se había enamorado.

El príncipe Pob se sentía lógicamente orgulloso.

La hora D había llegado.

En aquellos momentos, el hombre más poderoso de cada uno de los doce reinos de Venus, el hombre que tenía en sus manos los principales resortes del poder, estaba ocupado enteramente por su distracción preferible. Y todos, sin duda, habían dado orden de no ser interrumpidos.

Aunque esto último, a fin de cuentas, no era lo esencial.

Lo esencial era, tan sólo, que en aquellos momentos se encontraran todos ellos ocupados y lejos de sus respectivos reyes.

—Consultemos —dijo el príncipe.

Dunia, obediente, accionó varias palancas y sobre un complicado tablero de mando se encendieron luces de distintos colores.

—Laura, en König, aún no ha empezado —dijo.

Señalaba una luz de distinto color que las otras: todas eran rojas y aquélla era azul.

—Luz azul —dijo Dunia—. Última fase.

—Démosle tres minutos —dijo Pob.

Y fijó la vista en el reloj.

—Cumplido ese plazo, iniciaremos la fase tres. Podemos olvidamos por el momento de König. Cuando los otros once reinos hayan caído en nuestras manos, König no tendrá más alternativa que ceder voluntariamente. Es una nación pobre. No puede autoabastecerse ni autofinanciarse.

Sin embargo, el príncipe Pob tenía una expresión de desagrado.

No era porque König le importara demasiado, sino porque aquel plan lo había elaborado él personalmente y a él no le gustaba tener

fallos, por minúsculos que fueran.

—Luz roja en König —dijo Dunia.

El príncipe Pob esbozó una ancha sonrisa y acarició con sus ventosas las redondeces laterales de Dunia. '

Pero sólo por un fugaz instante.

De inmediato volvió a concentrarse en su tarea.

Con sus propias manos manipuló en el tablero de mandos y habló, claramente, con voz sin modulaciones:

—Se inicia la fase tres. Repito. Se inicia la fase tres. Espero respuesta.

Pasaron unos instantes antes que una voz, venida del éter, le replicara:

—Soy Samsor, en König —era una voz ruda, masculina—. Hace ya dos horas que aguardo en la antecámara real.

En seguida otra voz. Un hombre, también. Un macho.

—Habla Mix, desde Tubor. Inicio fase final.

Y así, sucesivamente, los doce embajadores secretos del príncipe Pob pusieron en marcha la tercera y última parte del plan, aunque no la más delicada.

Dunia sonrió con alivio.

—Marchará —dijo.

—Ya lo creo —dijo Pob—. Sana costumbre venusiana la de tener reyes que nunca gobiernan de hecho. Son todos gente débil, inútiles. Claudicarán, ya lo verás.

—Y tu ilustre hermano claudicará también —dijo Dunia.

Se mordió, indecisa, el labio inferior.

—Tú harás que claudique, Dunia. Sé que lo harás...

El príncipe Pob se reclinó en su asiento y entrecerró los ojos.

CAPITULO XII

—Majestad —dijo Viorg—. Tengo un mensaje de mi señor, Rickel II, para vos.

Medón IV, rey de Nesham, frunció el entrecejo.

No le gustaban los samaritanos. Y muy en especial no le gustaba ese samaritano en concreto, el ilustre Viorg.

Los samaritanos eran petulantes, engreídos, orgullosos (y demasiado) de su poderío. Viorg reunía en su persona todos los defectos de sus compatriotas. Era una especie de compendio perfecto (o imperfecto, según se mirara) del buen samaritano.

—Te oigo, ilustre —dijo Medón.

Hasta tres minutos antes, estaba jugando tranquilamente al ajedrez con su computadora portátil. «Y le iba ganando», se dijo.

Y entonces le habían anunciado que el ilustre Viorg, comerciante de Samarra, deseaba hablar urgentemente con él.

Viorg, nada menos. Medón ya lo conocía, de algunas reuniones sociales realizadas en el palacio. Y desde el primer momento lo había encontrado francamente desagradable.

—¿Qué diablos quiere? —preguntó al edecán.

—Dice que es urgente, señor.

«Rediez —se dijo Menón, cuyo lenguaje no era el más adecuado para el alto empleo que tenía—. Rediez y reveinte.»

Tendría que recibir al samaritano. Siempre había que recibir a los samaritanos, cuando eran diplomáticos, hombres de estado o importantes industriales como Viorg.

Ningún rey, de ninguno de los doce reinos independientes, hubiera osado negarse cuando un samaritano le pedía audiencia.

—¡Que pase! —gruñó Menón, al tiempo que desconectaba la computadora.

Y ahora tenía ante sí al ilustre Viorg. Y el ilustre Viorg sonreía, con un airecillo inquietante de superioridad.

—¿Bien? —preguntó Menón—. ¿Vas a entregarme ese mensaje o no?

—No es un mensaje escrito, majestad —dijo Viorg.

—¿No?

—No. Se trata de un mensaje oral...

—Te oigo.

Menón se removió inquieto en el trono. Aquello no le gustaba. No le gustaba ni pizca.

¿Le habría servido de consuelo saber que once colegas suyos (es decir, todos sus colegas menos uno) se encontraban en aquellos mismos instantes en idéntica situación?

Imposible saberlo.

—Mi señor, su majestad Rickel II, se Samarra, ha decidido, en un gesto de buena voluntad, cooperar con vos, señor, en la lucha contra los bestiales hermafroditas que en estos instantes asuelan vuestro reino.

—¿Buena voluntad? —rugió Menón—. Lo que pretende el canalla de tu soberano es invadirme. Me niego. Y todos los otros reinos me apoyarán. Sabes muy bien que si un solo soldado samaritano atraviesa las fronteras de Nesham, o de cualquier otro reino independiente, la guerra será inevitable.

Y Samarra tendrá que luchar por sí sola contra todos los otros reinos.

—Lo sé muy bien, majestad —dijo Viorg—. Pero sé también que eso no ocurrirá. No, por lo menos, en esta ocasión.

—¿Me puedes decir por qué?

—Porque si no aceptas la desinteresada oferta de mi señor, tu propio pueblo te obligará a que la aceptes..., si es que antes no mueres acuchillado por tu guardia personal.

—¡Estás loco!

—¿Loco?

Viorg sonrió.

—No, majestad. No estoy loco. Dime, ¿quién controla tus sistemas de comunicaciones?

Menón había palidecido.

—No lo digas, si no quieres —dijo Viorg—. Yo lo diré por vos. Los controla la Farnack Sociedad Anónima, que te ha entregado dos millones de créditos, a vos personalmente, y a tus ministros otro tanto, para que le otorgaras el monopolio. Y la Farnack me pertenece.

Viorg sonreía plácidamente.

—Empresas similares, todas ellas con un ciento por ciento de capital samaritano, poseen el monopolio de las comunicaciones de los otros once reinos..., eh..., ¿cómo los habías llamado?

Viorg pareció meditar y chasqueó los dedos.

—¡Ah, ya! —dijo—. Independientes…

Extrajo de un bolsillo un rollo de vinilo transparente y blando y lo puso ante las narices de Menón.

—Si en tres minutos no has firmado este papel —dijo—, la cadena de radio y televisión de Nesham comenzará a emitir informes rigurosamente exactos sobre los últimos ataques llevados a cabo por las bestias aladas. No será necesario mentir siquiera. Con la verdad lisa y llana bastará para que el pánico gane a todo el pueblo.

Viorg sacudió el rollo de papel, perentorio, casi impertinente.

—Habrá motines, huelgas, fugas masivas… Será el caos.

Sólo el reino de Samarra puede evitar el caos. Sólo el ejército samaritano está capacitado para realizar las operaciones de defensa. La especie entera está en juego… Tú lo sabes, reyezuelo… Lo saben igual que tú tus miserables colegas, ¡pero no! Os aferráis a vuestra independencia… Preferirías que los brutales andróginos se ceben en vuestra carne antes que permitir que Samarra se haga cargo pacíficamente de vuestros dominios. Sois peores que gusanos… Sois inmundicia pura… Me asqueáis. Y ahora firma aquí.

Menón estiró una mano, pero no cogió el rollo de papel. Aulló:

—Tibor, Tibor. Busca a Heraclo. Dile que venga. Lo necesito.

—El señor Heraclo no está en palacio, señor… Se ha marchado hace una hora.

—¿Dónde?

—No ha dicho dónde, señor.

Viorg sonreía.

—Un minuto —dijo.

Menón cogió el rollo de papel. Sin el apoyo de Heraclo, su primer ministro (y de hecho el verdadero hombre fuerte del reino), él no era nadie.

Este, con mano temblorosa, firmó.

* * *

—Bien, bien, bien —dijo el príncipe Pob.

Se restregaba las manos, alborozado.

Sobre la mesa había radiofotos de los doce tratados de paz y cooperación firmados por los reyes de los doce respectivos estados

independientes de Venus.

Los doce tratados eran idénticos en su redacción, y las doce firmas revelaban una temblequeante familiaridad.

En todos, el firmante se colocaba bajo la protección del emperador Rickel I, protector de Venus, y autorizaba a éste para que asumiera todos los poderes relacionados con la guerra.

Eran, de hecho, sumisiones absolutas. Restaba una débil franja de libertad, que era nada más que un formulismo que a nadie engañaba.

El primer ministro cogió las fotos y cabeceó.

—El último en rendirse a la evidencia fue Sinthush, de Capdelaine —dijo—. Es un viejo senil y sufre de sordera. Le costaba entender lo que mi emisario le transmitía.

El príncipe Pob rió abiertamente.

El primer ministro se retiró, luego de una profunda reverencia.

«Un hombre que me será fiel —se dijo Pob—. Me admira, me respeta... y ahora ha empezado a temerme. Tal vez sospecha... Sí, es posible... Pero no hará nada por evitar lo inevitable. Es astuto y experimentado. Sabe que lo que ha de venir ha de venir y punto. Y sabe también que yo seré más útil a la nación que el imbécil de mi hermano.»

La puerta se había cerrado a espaldas del anciano primer ministro.

Pob y Dunia estaban solos.

—Media hora —dijo Pob—. Ni un segundo más.

Sonrió con cierta melancolía.

—Querrá festejar su triunfo, ya verás —dijo—. ¿Y qué mejor que festejarlo en tu compañía? Eres el más apetecible de los bocados.

Dunia sonrió también. Una sonrisa nerviosa, poco sincera.

—¿Crees que saldrá bien?

—Estoy seguro.

Pob la acarició suavemente con sus ventosas.

—Ahora vete —dijo—. Te llamará sin duda a sus habitaciones...

Dunia suspiró con pesar y se incorporó.

—Sé que son tragos amargos —dijo Pob—. El pobre Rickie no es atractivo, que digamos.

—Es nauseabundo —dijo Dunia, emotivamente, sin poder contener una expresión de desagrado.

—Será la última vez —dijo Pob—. Después ya no habrá más tragos amargos. Serás mía. Sólo mía… Hasta el fin.

—Sí.

Dunia salió de la estancia.

CAPITULO XIII

Pocos emperadores en la historia de la galaxia entera habrán sido tan fugaces como Rickel II de Venus.

Su imperio no llegó a prolongarse más allá de tres cuartos de hora a partir del momento de su asunción del cargo.

Murió en la cama, abrazado a una mujer.

Lo mató el marido de dicha mujer, un tosco capitán de la guardia de palacio llamado Polok, que a su vez moriría acribillado pocos minutos después.

Pero no nos precipitemos. Vayamos al origen de la tragedia, es decir al príncipe Pob.

Pob sabía que no se debe tentar a la suerte, y que nunca hay que insistir con un mismo método de actuación.

Lo que sale bien una vez, acostumbraba a pensar, difícilmente saldrá bien una segunda.

Pero éste era un pensamiento que guardaba herméticamente en su cerebro.

Había utilizado doce bellísimas mujeres para derrumbar doce gobiernos monárquicos, utilizaría la mujer número trece, la más bella de todas, para acabar con la vida de un flamante emperador (el primer gobernante de un planeta unificado) que además era su hermano. A Dunia (pues de ella se trataba) la engañó diciéndole que lanzaría una falsa alarma general mientras ella se hallara en el lecho con su hermano y que aprovecharía la circunstancia para derrocar a éste y hacerse nombrar su sucesor.

—Descuida —dijo, con absoluta frialdad—. No le causaré al pobre Rickie el menor daño. No tengo nada contra él. Lo que pasa es que gobernar un imperio es una empresa muy seria, para la que hace falta un hombre como yo. Y no un imbécil vicioso como mi hermano.

Dunia creyó sin dudar en las palabras del príncipe, porque confiaba ciegamente en él.

Hacía tres años que era su secretaria privada, y desde el principio había estado al tanto de los ambiciosos planes del príncipe.

Por aquel entonces estos planes eran todavía una nebulosa sin forma coherente.

Pob entendía que Venus necesitaba un gobierno centralizado, y

ambicionaba ponerse al frente de dicho gobierno.

Poco a poco el plan se fue concretando y perfeccionando hasta alcanzar los espléndidos resultados que ya conocemos.

Faltaba tan sólo superar el último escollo. Y para ello, el príncipe Pob contaba con la invalorable colaboración de la fidelísima y hermosísima Dunia.

Pob y Dunia eran amantes desde hacía largo tiempo. Su íntima relación no era un secreto para nadie de la corte.

Rickel veía con ávidos ojos a la hermosa muchacha que su hermano tenía.

En diversas ocasiones intentó algunos avances que no rindieron ningún fruto.

Aunque su augusto capricho no se vio complacido, Rickel no se animó a forzar la situación.

La hembra pertenecía a su hermano, y desde que eran niños el monarca aprendió a respetar las propiedades de Pob y a temer a su cólera.

Una noche, cuando el plan de unificación del planeta ya estaba perfilado en su cerebro, Pob dijo a su amante:

—El plan no puede fallar, porque se basa en la principal debilidad del macho de la especie. Pero todavía no es completa. También tendré que deshacerme de mi hermano.

—Va a ser difícil —dijo Dunia—. ¿Cómo lo conseguirás?

—Yo no lo conseguiré —dijo Pob—, Sino tú.

—¿Yo? —exclamó Dunia, incrédula.

—Sí, tú. Quiero que poco a poco te dejes seducir por sus reales encantos...

—¿Qué encantos? Es un hombrecillo repelente.

Pob rió divertido y luego adoptó una teatral y fingida postura admonitoria.

Engolando, la voz, dijo:

—No hables así del que es tu monarca y en poco tiempo será tu amante.

Dunia lloró aquella noche ante la cruel perspectiva que se abría en su vida.

Rogó y suplicó, pero sin resultado.

El príncipe Pob cuando quería ser convincente, lo era. Ella claudicó y prometió cumplir con lo que él le pedía.

Un par de semanas después, Rickel II y Dunia yacían juntos por primera vez en el gigantesco lecho real.

Pocos días después, la relación entre ambos era la comidilla de toda la corte.

Rickel II estaba encantado e hinchado de orgullo y vanidad. Era la primera vez que arrancaba una mujer a su hermano. Era una forma de vengarse por las muchas hembras que su hermano le había robado a él.

El príncipe aceptó deportivamente la derrota, y sufrió con orgullo y resignación las puyas, las chanzas y los chascarrillos que se hacían a su costa, al igual que los comentarios y murmuraciones burlonas e irónicas que corrían por la corte.

Al fin y al cabo, se decía, aquél era un precio ridículo si se lo comparaba con lo que obtendría a cambio.

Fue por esas fechas, apenas un par de semanas antes que se consumara la unificación de Venus, cuando un capitán llamado Polok entró a formar parte del cuerpo de guardia de la corte.

Nadie se fijó en aquel hecho, insignificante de por sí. Nadie le prestó atención. Muy pocos estaban enterados de que aquel soldado tosco y grosero era el marido de la favorita real, y los pocos que lo sabían no se interesaron demasiado por el tema.

Es bien sabido que en la historia de todas las especies inteligentes de la galaxia abundan los déspotas que compensan de algún modo materialmente a los hombres a quienes sus reales apetitos convierten en cornudos.

Sin duda, aquél era un caso de ese tipo.

Nosotros sabemos que no lo era.

Pob lo sabía, y Dunia.

—¿Qué te parece —preguntó el príncipe a la muchacha, una tarde— si ordeno que trasladen a tu marido a palacio?

—Oh, no —exclamó Dunia, de corazón—. Encima de que tengo que soportar las repugnantes caricias de tu hermano, tener que aguantar al necio de mi marido. Déjalo donde está, y si puedes enviarlo aún más lejos mejor.

—Es otro sacrificio que te pido —dijo el príncipe—, para que se cumplan nuestras esperanzas. Tu marido es necio sin duda, es tosco, vulgar y grosero. Pero me es entera y absolutamente fiel. Necesitaré hombres de su temple cuando lleguen los momentos decisivos.

Dunia de nuevo se dejó convencer.

CAPITULO XIV

El capitán Polok se encontraba en la sala de guardia comiendo un bocadillo de hongos cuando entró el príncipe Pob.

El capitán se incorporó como impelido por un resorte, tragó dificultosamente lo que tenía en la boca, se llevó la mano a la frente en señal de saludo y dijo:

—Alteza Serenísima...

Una fina lluvia de miga ametralló húmedamente el rostro del príncipe, pero éste no se inmutó.

—Capitán —dijo—, tengo una delicada misión para usted.

Sacó de entre sus ropas una pequeña caja y una llave.

—Esta caja contiene unos polvos que su majestad necesita —indicó—. Esta es la llave de sus aposentos privados. Su majestad ha salido de caza y me ordenó que llevara los polvos a sus aposentos antes que él regresara. Yo estoy en estos momentos muy atareado y no puedo dejar mis ocupaciones para cumplir este encargo. Por eso he pensado en usted. Sé que es un hombre de confianza.

—Haré lo que usted ordene, alteza —respondió el soldado.

Hacía exactamente veinticuatro horas (un día terrestre) desde el momento en que los doce reinos rindieron vasallaje al emperador Rickel II (y primero de Venus) y hacía apenas tres cuartos de hora que éste había jurado solemnemente su cargo, cuando el capitán Polok introdujo la llave en la puerta de los aposentos reales y abrió. Era costumbre en el rey alejar a su servidumbre y a su guardia personal cuando se dedicaba a los asuntos de índole amoroso.

Por ese motivo nadie le vio al capitán entrar.

Los disparos de su revólver de balas explosivas de tungsteno se oyeron en todo el palacio, arrancando ecos de las grandes habitaciones de altos techos.

Dos soldados que corrieron hacia los aposentos reales, hallaron al capitán, revólver en mano, al pie de la cama.

En la cama había dos cadáveres: el del rey y el de la bellísima y traidora mujer del magnicida.

Los soldados descargaron sus armas sobre el capitán Polok sin darle tiempo siquiera a iniciar un movimiento de defensa.

Su majestad el emperador Rickel fue velado y enterrado solemnemente.

Sus exequias se prolongaron durante los nueve días de rigor y se decretó un año entero de luto oficial en todo el planeta.

El capitán Polok y su esposa fueron enterrados anónimamente en un humilde cementerio en la periferia de la ciudad.

Pob I fue coronado en una discreta ceremonia, tres días después de la muerte de su hermano.

* * *

Rickel II ya llevaba un par de días muerto cuando realizó su primero y único acto de gobierno como emperador único de Venus (cosas de la política).

¿Cuál fue este acto de gobierno? Pues... muy simple: una petición de ayuda a las autoridades del vecino planeta Tierra.

Ese fue el documento de fibrovinilo que el comisionado recibió de manos del presidente del Consejo de Estado de la Tierra.

Y a causa de ese documento, el comisionado citó en su despacho al capitán Laverda y le ordenó que se preparara para viajar a Venus.

—A usted —dijo el comisionado— es al único que los andróginos respetan. No aceptarían la mediación de ningún otro individuo de todo el sistema solar.

Laverda afirmó a regañadientes. Sabía que lo que el comisionado le decía era la más pura y franca verdad. Él había salvado a los hombres pájaro de la destrucción algunos años antes, cuando una peste de fimosis mercurial se extendía entre la especie.

El, por aquellas fechas, había aterrizado casualmente en Venus formando parte de un convoy comercial dedicado al intercambio de especias terrestres por pieles de oveja venusina.

El capitán era un mercenario, que vivía de lo que le pagaban por sus servicios. Y cobraba precios muy altos, gracias a su popularidad y al prestigio que le daba el hecho de que veinte años antes hubiera sido condecorado como Héroe del Sistema Solar y galardonado con la Orden Laureada del Hidrógeno y el Helio (larga historia ésta que, por su extensión y complejidad sólo podemos ahora mencionar sucintamente).

El capitán, como todo héroe que se precie (comprobado en los visiolibros de historia) era un alma solitaria.

Era un enamorado, como todos los héroes, de los lugares

inhóspitos y de las altas cumbres.

Los acantilados cortados a pico y los profundos precipicios de abismal verticalidad llamaban poderosamente su atención y ejercían un tremendo influjo totalitario sobre sus sentidos y su instinto.

Durante su estancia en Venus, el capitán se alejó, una tarde de asueto, hacia unas cumbres cercanas, que tenían fama de inaccesibles.

Allí trabó amistad con los terribles hombres pájaro bisexuales.

Los vio, los tocó, comprobó que no eran ángeles (algo en lo que él, escéptico habitual, jamás había creído) y se apiadó de ellos.

Estaban enfermos, se morían. La terrible peste mercurial había hecho presa en ellos... y se extendía.

Era una peste derivada de los siglos de hambre y privaciones, que volvía a volcarse sobre la especie cuando ésta había empezado a regenerarse y fortalecerse (ya se habían desencadenado varios ataques masivos, desde el cielo, contra las poblaciones de pacíficos hortelanos homúnculos).

El capitán, a su regreso a la civilización homúncula, pudo denunciar a los moribundos proscritos que moraban en las cumbres.

Sin duda, de haberlo hecho, se hubiera ganado el aprecio de los homúnculos, y probablemente su cuenta bancaria se hubiera incrementado considerablemente.

Pero el capitán tenía sus ideas. Era un héroe, no lo olvidéis.

Había visto organizar a varios ejemplares de aquella espléndida raza de seres alados que un tiempo los seres humanos habían confundido con los ángeles.

Eran hombres como él, con facciones como las suyas, con la piel de su mismo color. Las poderosas alas fluorescentes, que parecían nácar que brillaba, no eran un desmedro sino un valioso agregado.

Pudo más en el capitán aquella tarde venusina la altiva agonía de aquellos bellísimos seres alados que la posibilidad de hacerse con un poco más de gloria e incrementar con un par de ceros su ya abultada cuenta bancaria.

Por eso no los denunció.

Por eso hizo algo más que no denunciarlos: ir a buscar un antídoto contra la peste mercurial.

¡El único antídoto!

Pétalos de la rosa silvestre que crecía, como una magia, en los

casquetes polares de Plutón, a dos mil grados centígrados bajo cero.

Una temperatura (o antitemperatura, que es lo exacto) diez veces inferior a la del cero absoluto según nociones terrestres.

Un suicidio. Una expedición que sólo una vez se había intentado (y al costo de decenas de miles de vidas humanas) para salvar a la Tierra de una masiva epidemia de peste mercurial.

El capitán Laverda no se arredró ante las dificultades y llevó a cabo, en solitario, su azaroso viaje.

Contra la opinión generalizada, regresó con vida. Y con bastantes pétalos de rosa como para fabricar el suero suficiente con el que salvar a la especie entera de los andróginos.

Desde entonces, los andróginos lo consideraban un héroe y por eso (y sólo por eso) el comisionado lo había elegido para que desempeñara esta misión.

¿Sólo por eso?

Sí, desde un punto de vista puramente político. No, desde el punto de vista más tortuoso y retorcido del corazón humano.

El comisionado eligió a Laverda, principalmente, porque lo odiaba.

Había una mujer de por medio. Un viejo asunto que el comisionado no había olvidado. Algo que también, ¡ay!, no I pertenece a esta historia.

—Dejemos que los andróginos se los coman a todos —dijo el capitán Laverda—, ¿Qué nos importan a nosotros esos hombrecillos? Más valdría que desaparecieran, y cuanto antes mejor.

El comisionado era inmune e indiferente al destino de los homúnculos porque era un político profesional que sólo pensaba en la repercusión de sus acciones públicas frente a la mesa del electorado.

El no era un racista medular e instintivo. Si la supervivencia de los verdes hombrecillos le hubiera significado alguna ventaja política el comisionado se hubiera desvivido por ellos, habría llorado con sinceras lágrimas su desgracia y hubiera hecho todo lo que estuviera en su mano por remediarles los sufrimientos.

Pero, claro, no había beneficio electoral alguno en aquella escabrosa y confusa misión.

Y el comisionado tenía el alma en paz. (Sólo lamentaba tener que perder tiempo que hubiera podido dedicar, honesta y

democráticamente, a cazar votos.)

No, él no era un racista.

Si hasta tenía amigos judíos, marcianos..., incluso algún negro.

Laverda, en cambio...

Aquel Hitler de las leyendas de la tenebrosa edad del Fuego no era nada comparado con el capitán Laverda.

Laverda odiaba todo bípedo que no tuviera piel blanca. Odiaba a los amarillos, a los rojos, a los grisáceos marcianos, a los albinos de Ganimedes y a los hombrecillos verdes de Venus.

Y también, por supuesto, y más que a nadie, a los negros.

—Esto —dijo el comisionado— no es una petición, sino una orden. No te pido que vayas, sino que te lo exijo.

—A mí nadie me exige.

—Como quieras —sonrió el comisionado—. Elige: o vas a Venus o acabas en la cárcel.

Laverda había palidecido.

—Recuerda —agregó el comisionado— que lo sé todo sobre la muerte de aquellas dos jovencitas... Tengo pruebas que te condenarían a una fulgurante desaparición nuclear. Ni un átomo quedaría entero de tu cuerpo...

—Y tú eres un ladronzuelo, un funcionario corrupto, un político venial. Yo lo sé.

—Pruébalo —el comisionado sonrió.

Laverda se mantuvo en silencio unos instantes. Una vena le palpitaba en la frente. Una vena monstruosa, inhumana, de color oro, que se le deslizaba a lo largo de un pómulo, torcía en la mandíbula y descendía cuello abajo hacia la clavícula y el corazón.

—Está bien —dijo el capitán—. Dame tres días para seleccionar mi tripulación.

—No necesitas tomarte la molestia —dijo el comisionado—. Yo ya la he seleccionado por ti.

Movió uña mano.

—Acércate.

Laverda se instaló delante de un pequeño aparato con pantalla.

El comisionado pulsó botones y la pantalla se iluminó mostrando la faz sonriente de un joven rubio.

—Este es Florian Grey —dijo el comisionado—. Físico atómico. Uno de los cerebros más poderosos que ha producido la humanidad

en los últimos siglos… Una especie de computadora viviente.

—He oído hablar de él —dijo Laverda—. Me parece adecuado. Los tipos como él son necesarios en el espacio.

—El segundo tripulante, porque sólo seréis tres —agregó el comisionado—, es un hombre llamado Lucas. El mejor experto en sistemas de radio y comunicaciones que existe en el planeta. ¿También has oído hablar de él?

—No —dijo Laverda.

—Aquí lo tienes.

El comisionado accionó más botones y Laverda se sobresaltó.

—¡Bromeas! —dijo, entre dientes.

—No bromeo.

—Es un negro.

—¿Y qué? Es un experto en comunicaciones, titulado. Y es el mejor.

—Es un maldito y piojoso negro —insistió Laverda.

—Tendrás que llevarlo contigo. Es el mejor experto en señales de radio y en comunicaciones de todo tipo… Es imprescindible para una misión de esta naturaleza.

—No pienso llevar en mi nave a ese negro piojoso —dijo Laverda.

—Ya lo sabes —dijo el comisionado—. O viajas a Venus bajo mis condiciones… o terminas en la cárcel y en la cámara de desintegración molecular.

—Tú me odias —dijo Laverda, como si le hubiera caído una piedra en la cabeza—. Es por aquella chica… ¿Cómo se llamaba?

—Isma —dijo el comisionado—. Yo la amaba.

—¿Es por ella?

—Por ella y por ti —dijo el comisionado—. Eres un individuo repugnante.

CAPITULO XV

El comisionado se quedaba corto. Lucas era más que el mejor especialista en comunicaciones. Era único.

Tenía intervenidos los sistemas empleados por el comisionado en persona.

Fue por eso que escuchó las injuriosas palabras del capitán Laverda. Y fue por esas palabras por las que sintió un odio indescriptible hacia el capitán.

Habían pasado meses desde entonces y Lucas estaba echado, con un viejo libro de hojas de pasta de celulosa, en la cabina de mando de la nave.

El capitán Laverda se había retirado hacía un instante y Lucas sentía relajados los nervios del bajo vientre.

Pero poco dura la alegría en casa del pobre... y menos todavía dura el pan (que a menudo es sinónimo de la efímera alegría).

El pan de Lucas eran sus viejos libros de aventuras prehistóricas, y su alegría era su soledad.

—Venga, negro —dijo el capitán Laverda, ya de regreso—.

Muévete.

—¿Señor?

Lucas contenía su furor y su odio, entreabiertos lo justo los labios para emitir el sonido.

—Ponte en contacto radial con los verdosos, negro —dijo el capitán—. Pregúntales qué diablos ocurre. Ya tendrían que estar aquí. Y yo no voy a perder tiempo aguardando a esa gentuza de ignominiosa pigmentación.

—Los hermafroditas tampoco han llegado, señor —dijo Lucas.

—Haz lo que te he ordenado —insistió, furioso, el capitán Laverda.

—Sí, señor —dijo Lucas.

Ya su paciencia había llegado al límite. «Una gota más —se decía — y el vaso de mi odio se desbordará.»

Se puso en contacto con los homúnculos y una voz le informó que la comisión de bienvenida ya había salido hacia la planicie en la que había aterrizado el cohete.

Lucas transmitió al capitán Laverda el informe recibido.

—Demorarán media hora, más o menos —agregó.

—¡Media hora! —bramó el capitán.

—No es tanto tiempo, señor —dijo Lucas, en tono conciliador—. Sobre todo si pensamos en todo el tiempo que hemos pasado viajando por el espacio.

—¡Cállate! —dijo el capitán—, ¡Y apártate de mi vista...!

—¿Señor?

Lucas hizo girar el pie hidráulico de su asiento y se puso de pie, lenta y cautelosamente, con todos los músculos en tensión.

Nadie, por muy capitán que fuera, le había hablado nunca de esa forma.

—¿Señor? —preguntó.

—Que te apartes de mi vista —rugió el capitán—. Que te mantengas lejos de mi pituitaria, negro. ¡Apestas, negro!

—Usted también huele mal para mí, señor. Todos los blancos huelen mal —dijo Lucas, con los residuos ya de su calma—. Pero yo igual los soporto.

—Yo huelo bien, canalla. Yo soy un hombre limpio... Y blanco... Tengo la piel blanca, negro inmundo...

El capitán bramaba. Era evidente que había cogido una grave insolación subnubular, que afectaba a muchos humanos cuando llegaban a Venus.

Una enfermedad obsesiva, originada en la dispersión de los rayos gamma, que provoca un exacerbamiento de las fobias y las filias.

Pero Lucas no pensaba en eso, no encontraba ya disculpas, en su pacífico cerebro, para las injurias recibidas.

Sacó el detonador láser de gatillo y lo accionó.

A dos pasos de distancia, el capitán Laverda se convirtió en una figura iridiscente, como un fosfírico fantasma de sí mismo, luego en una pulpa delicuescente que parecía hervir y burbujear y luego en nada.

Cualquiera que haya empleado alguna vez un rayo calórico láser de los que producen los detonadores corrientes, sabe que no se puede apuntar en una misma dirección durante más de un segundo.

Lucas, desgraciadamente, había olvidado este precepto de la escuela primaria.

Agarrotado por el odio, su índice se había engarfiado en el gatillo del arma.

El rayo derritió y pulverizó al capitán y continuó su lateral

trayectoria.

Atravesó las capas de iridio mentolado de la nave y penetró en los depósitos de combustible atómico.

Una millonésima se segundo antes de la flagración, Lucas se percató de su error. Se llevó la mano a la frente para darse una palmada como si acabara de caer en la cuenta de algo, pero su ademán se quedó congelado a medio camino.

La descarga atómica hizo desaparecer neutro—electro—protonizada la nave entera.

Lucas, gracias a su elevado porcentaje de carbono e hidrógeno, sobrevivió una millonésima de segundó más y, gracias a aquel ínfimo instante, quedó inmortalizado para siempre.

La explosión actuó como flash luminoso y las rocas de granito que rodeaban a la nave actuaron como si fueran una película de nitrato de plata.

El negro Lucas, arma en mano (o su silueta al menos), quedó fotografiado, grabado, tallado para siempre mil veces, en círculo, multiplicado, en las piedras que rodeaban a la nave.

CAPITULO XVI

Florian, que se había perdido durante su poético paseo, era el único sobreviviente.

Y era apenas humano.

Su mente, semejante al más sofisticado cerebro proteneutrónico, no tardó en comprender los graves problemas raciales, geológicos y estructurales que existían en Venus y en poco tiempo los solucionó.

Los hermafroditas y los homúnculos se hermanaron en la ambiciosa tarea de hacer de su mundo natal un mundo mejor, más habitable, más sano y más pacífico.

Florian se casó (se juntó en concubinato, según las lenguas viperinas de la historia galáxica) con una bella homúncula, Xeida, hija de la que con tanta destreza trabajara para el entonces príncipe y luego emperador Pob I.

Florian y Xaida tuvieron hijos, los antepasados del *híbrido sapiens,* del *homo espacialis,* es decir de ti, lector, y de mí. De todos nosotros.

Cuentan las viejas de la galaxia que antaño hubo una leyenda que anticipaba a Florian y Xeida.

La leyenda de la unión del *homo sapiens* y el homúnculo, divergiendo, para a la postre converger en lo que somos ahora.

Porque yo, como ustedes, comprendo que las ventosas eran desagradables, lo mismo que aquella especie de blanca ceguera telepática.

Pero ¿y la piel?

¿Qué podéis decir de la piel?

¿Os imagináis acaso con piel blanca, o negra, o rosa, en lugar de vuestra hermosa y refulgente piel verde, amigos lectores?

Claro que no.

Yo tampoco.

FIN

* * *